Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano



Antonio Alcalá Galiano

Vision Libros

Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano

Antonio Alcalá Galiano

Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano

Vision Libros

Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano
© Antonio Alcalá Galiano
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9770-014-6

Diseño base cubierta: Marian González,

Maquetación: Alvaro Llorente Ayuso

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local 28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Índice

Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano publicadas por su hijo

Advertencia 9

Primera parte
Capítulo primero 15
Capítulo II 23
Capítulo III 31
Capítulo IV 43
Capítulo V 57
Capítulo VI 65
Capítulo VII 73
Capítulo VIII 87
Capítulo IX 95
Capítulo X. 103
Capítulo XI 113
Capítulo XII 123
Capítulo XIII. 131
Capítulo XIV. 141
Capítulo XV 149
Capítulo XVI. 157
Capítulo XVII 165
Capítulo XVIII 173
Capítulo XIX. 181
Capítulo XX 191
Capítulo XXI. 199
Capítulo XXII 207
Capítulo XXIII 213
Capítulo XXIV 221
Capítulo XXV 229
Capítulo XXVI 237
Capítulo XXVII. 243
Capítulo XXVIII 251
Capítulo XXIX 259
Capítulo XXX 267
Capítulo XXXI 275
Capítulo XXXII. 283
Capítulo XXXIII 291
Capítulo XXXIV 299

Segunda parte
Capítulo I 309
Capítulo II 317
Capítulo III 325
Capítulo IV 333
Capítulo V 343
Capítulo VI 353
Capítulo VII 361

Capítulo VIII 369
Capítulo IX 377
Capítulo X. 385
Capítulo XI 393
Capítulo XII 401
Capítulo XIII. 409
Capítulo XIV. 417
Capítulo XV 425
Capítulo XVI. 433
Capítulo XVII 443
Capítulo XVIII 451
Capítulo XIX. 461
Capítulo XX 471
Capítulo XXI. 479
Capítulo XXII 487
Capítulo XXIII 499
Capítulo XXIV 507
Capítulo XXV 519
Capítulo XXVI 527
Capítulo XXVII. 533
Capítulo XXVIII 539
Capítulo XXIX 547
Capítulo XXX 559
Capítulo XXXI 571
Capítulo XXXII. 579
Capítulo XXXIII 585
Capítulo XXXIV 593

Advertencia

Cuando en 1878 publiqué, coleccionados en forma de libro, los artículos que con el título de Recuerdos de un anciano escribió el autor de la presente obra, en la revista llamada La América, dije al lector, entre otras cosas, lo siguiente:

«Más tarde, cuando las circunstancias lo permitan, se publicará la obra póstuma del autor, que es como la fuente y origen de donde proceden estos episodios; sus memorias inéditas, en que se presentará al público el personaje en la vida política y privada, desnudo de todo atavío, tal como fue en sus propósitos y en sus hechos, y derramando cual brillante antorcha la más viva luz sobre los sucesos de los dos primeros períodos de la revolución española.»

Hoy, que ha llegado el momento de cumplir esta promesa, que era a la vez mi más vivo deseo, perdóneme el público el retraso con que ante él presento la obra anunciada entonces, y permítame que le precedan algunas ligeras aclaraciones por parte mía.

Al dar a conocer en toda su integridad el manuscrito original de las MEMORIAS de mi padre, del cual ya publiqué varios capítulos en los suplementos literarios de El Día, creo necesario acompañar ahora alguna, si bien sucinta advertencia, encaminada a explicar los motivos que me mueven a entregar a la imprenta esta obra póstuma del que, al par que era y es objeto constante de todo mi amor y veneración, logró ser considerado por sus propios contemporáneos como orador eminente, repúblico íntegro y escritor castizo.

Su repentina muerte no le permitió dictar en aquella hora sus últimas voluntades; pero cuando en el seno de la familia hablaba de lo que debería hacerse en el día en que faltase, idea que en la avanzada edad a que había llegado era natural que se presentase con frecuencia a su imaginación, alguna vez me indicó su deseo de que, no bien transcurriese algún tiempo de su fallecimiento, tratase yo de publicar el manuscrito de sus MEMORIAS, por estimarlo así necesario a la verdad histórica, y a la honra y buena fama de su nombre. Efectivamente, en este escrito, donde a cada paso se ve claramente la sinceridad con que el autor se expresa y la severidad con que a sí propio se juzga, desvanece diversas e injustas acusaciones de que fue a menudo víctima durante su larga carrera política. Nunca podré sentir bastante que el tercero y último tomo de estas MEMORIAS, que, según le oí, comprendía desde el año 24 al 40, haya desaparecido casi por completo, pues sólo me restan fragmentos del principio, que se refieren a su emigración en Inglaterra, y otros muy inconexos del 34 al 36. Perdidos no sé cómo ni cuándo, pero completamente perdidos, por desgracia, sobre ser materiales preciosos para reconstruir la historia de aquella accidentada época, eran a la vez, según le oí afirmar, una vindicación de su conducta política en los días en que naturalmente, por la fuerza de los sucesos y de las enseñanzas adquiridas con su notable espíritu de observación, se fueron modificando sus ideas, y pasó de las filas liberales a las conservadoras, sin que en esta evolución le guiasen miras mezquinas, sino la fuerza del convencimiento y los mandatos de su severa conciencia.

Aparte, pues, del mérito que encierre la presente obra, de que no cabe pueda creerse juez imparcial ni competente el que estas líneas escribe, presentar la que consideraba el autor vindicación de su conducta, y cumplir el encargo solemne y sagrado de hacerlo, dándola a conocer al público, entendía yo que debía ser para mí el más imprescindible de los deberes. Así es que, pasados los primeros momentos en que me entregué al acerbo dolor causado por tan irreparable pérdida, pensé no sólo en dar a luz estas MEMORIAS, sino en reunir sus muchos y diversos escritos para publicar una colección de sus obras, lo más completa que me fuera posible, creyendo prestar así un tributo de cariño y un homenaje de respeto a mi padre, a la par que un servicio a las letras españolas. Pero no era pequeña tarea la que me había impuesto, porque siendo mi padre, como es sabido, hombre en extremo descuidado, y sobre todo en lo que a sí propio se refería, nunca conservó, o por lo menos desde que yo alcancé la edad de la razón, he visto que tuviese un solo ejemplar de ninguna de sus obras. A pesar de este inconveniente, valiéndome de la recapitulación de lo que había escrito, hecha en los apuntes biográficos que Ovilo y Otero publicó en la época de su fallecimiento, pude reunir no poco de lo allí citado, con alguna otra cosa inédita que en mi poder conservo, y el manuscrito de las MEMORIAS; y coleccionado que hube estos materiales, traté de buscar medios con que realizar la publicación.

Pero si al desaparecer mi padre del teatro del mundo no se le escasearon en el momento elogios, y aun honores, nadie encontré propicio para facilitarme los medios materiales con que pudiese cumplir éste que yo entendía deber mío. Y aquí estará bien que diga que, habiéndome dejado mi honradísimo padre, por única y para mí muy preciada herencia, un nombre intachado e intachable, cosa bien rara en los tiempos que corren, en que tantos han sabido desmentir el antiguo refrán de que honra y provecho no caben en un saco, no me fue entonces posible, por falta de recursos, hacer la impresión de estas obras.

De todas las amargas contrariedades en que ya abunda, por desgracia, mi vida, ninguna me ha sido tal vez tan penosa como la de ver mi impotencia para llevar a cabo el encargo de mi padre. No cabiéndome otro recurso, he esperado con resignación, y hasta ahora en vano, que se me presentase oportunidad para realizar mi propósito, siquiera fuese limitándole a la publicación de las MEMORIAS.

Hoy que puedo contar con los medios necesarios para la publicación de esta obra, gracias al generoso concurso de mi querido primo el conde de Casa Valencia, que, entre las dotes intelectuales y morales que todo el mundo le reconoce, cuenta la singular y para mí tan preciada de tener en mucho cuanto se refiere al glorioso apellido que ambos con el mismo orgullo, si bien con desigual brillo, llevamos, tocándome a mí ser rama desgajada y marchita del añoso tronco, al par que de la suya lozana brotan con vigor los retoños del frondoso árbol que lleva ya dados a España tantos hombres ilustres en la ciencia, en las armas, en la tribuna y en la prensa, séame lícito decir al público lo que debo al cariñoso pariente; al consignar en este lugar el testimonio de mi gratitud, rogar al que tal apoyo me presta que acepte esta expresión de mi reconocimiento, apreciándola en lo que vale no por quien la ofrece, sino por la sinceridad y efusión con que procura manifestársela una inteligencia, en sus medios humilde, pero puesta en este momento al servicio de un corazón agradecido.

El manuscrito de las MEMORIAS va a ver la luz pública tal cual lo escribió su autor, no habiéndome permitido hacer en su texto la menor alteración ni supresión (que hubiera sido a mi ver un atentado), salvo el dividirle en capítulos y poner al frente de cada uno de ellos un resumen que facilite su lectura y consulta. Esto mismo se notará fácilmente por el lector, porque escrita la obra toda

seguida y sin más división que la de tomos, por más cuidado que haya querido emplear en la repartición de capítulos, resultan estos desiguales, y las materias tratadas en cada uno no forman un cuadro completo y armónico, como en las obras en que el autor dispone ya de esta manera su producción. También sucede a veces que el primer párrafo de un capítulo, que por su asunto principal se aparta por completo del último del anterior, forma con él un enlace de referencia gramatical; pero si esto hubiera sido posible enmendarlo sin gran trabajo, fiel a mi propósito de no tocar al original, lo he dejado tal cual estaba, recordando, además, en aquel momento, el conocido principio de un capítulo de El Quijote: La del alba sería...

Otra de las imperfecciones de que podrá adolecer esta obra es la nacida de ser su manuscrito de dos letras, cada una en su clase bien confusas; la del autor, que no peca de clara, y la de su escribiente, que, sobre tenerla mala, cometía graves faltas de ortografía, y aun suprimía palabras, escribiendo, según parece, al dictado, y no corrigiendo el autor la tarea realizada.

Esto ha hecho a veces difícil restablecer el sentido de oraciones truncadas por el inexperto amanuense, y otras imposible, o punto menos, adivinar los nombres propios, a menudo citados en el texto.

También debo añadir, a título de indicación necesaria para la inteligencia de estas MEMORIAS, que fueron escritas en los años de 1847 al 49.

Aun cuando casi todos los personajes a que las MEMORIAS se refieren han dejado ya de existir, preveo que el juicio emitido en ellas sobre algunos, y la narración de ciertos hechos, pueden dar lugar a reclamación de parte; y por si tal caso se presentase, debo declarar anticipadamente que, no poseyendo yo papeles ni documentos que sirvan de comprobación a los asertos del libro, no me hallo en el caso de contestar ni refutar a quienes se crean mal juzgados.

Sólo sí debo decir que quien con tal severidad se trata a sí mismo; quien no escasea la más rígida censura para sus propios actos; quien revela en toda su desnudez hasta los más íntimos y tristes pormenores de su vida privada, dando por momentos a su obra el carácter de verdaderas Confesiones, no es de creer que le falte serenidad de juicio para juzgar a los extraños.

Tal vez haya quien piense que publicación de tal índole debería haber sido precedida de un prólogo o introducción de algunos de nuestros más notables escritores; pero yo entiendo que una obra como ésta, de autor reputado, referente a sucesos curiosos y mal conocidos hasta ahora, se basta a sí misma para llamar la atención del público, sin necesidad de pedestal que la levante.

¿Será ésta presunción excesiva? Tal vez; pero ha de encontrarse disculpada por el amor filial que la dicta.

Pronto el público será juez, y a su fallo lo someto.

Antonio Alcalá Galiano (hijo).
Madrid, 1º de febrero de 1886.

Primera parte

Capítulo primero

Propósito de la obra.—Linaje, hechos y condición de los parientes del autor.—Su nacimiento.—Embarco de su padre para dar la vuelta al mundo.—Carácter y prendas de su madre.—Educación que recibe y precocidad que demuestra.—Visita a su abuelo en las líneas de Gibraltar.

Voy a referir los sucesos de mi vida, con los cuales están eslabonados muchos de los más importantes de mi patria. Razón esta última que me disculpará en alguna manera de la nota de presuntuoso que justamente se me podría poner por el hecho de ocupar la atención pública en negocios de mi pobre persona, pues con la grandeza de un objeto quedará compensada la pequeñez suma del otro, con él tan audazmente apareado. Bien que tampoco se debe extrañar que algo diga de mí propio, cuando tanto, y no en mi honra, han dicho y dicen varios escritores; pareciendo muy justo que, si bien de chica estatura moral o intelectual, pero levantado sobre un pedestal enorme, habiéndome dado a conocer en grado superior al de mis merecimientos, quiera manifestarme tal cual soy, o cual me creo yo mismo, y no según me pintan la malquerencia de mis contrarios o la equivocación de otros a quienes estos alucinan. Razón hay para que se defienda un hombre a quien agravian, para que se sincere un sujeto al cual hacen cargos completamente injustos muchos, abultados otros, y unos pocos, si justos, de los que admiten disculpa; y por eso procuraré refutar calumniosas acusaciones, desvanecer errados supuestos, vociferar flaquezas cuando en mí las conozca, ya se trate de lo presente, ya de lo pasado, reducir a sus verdaderas dimensiones culpas que, siendo veniales, han sido pintadas o son tenidas por gravísimas, todo ello sin darme por menos falible ahora que lo he sido antes, convencido de lo posible de ser nuevo yerro el que estimo desengaño, pero con intención sana y con lisura, no mereciendo censura severa si me engaña o descamina el celo de mi propia honra.

Al hablar de mí, debo decir algo de mi familia. Esto no está al uso ahora, al menos en España, donde las ideas democráticas predominan. Sin embargo, aquí mismo, y ahora, no dejan de manifestarse vanidades aristocráticas, ya reliquias de antiguas ideas y costumbres, ya nuevas y a imitación de lo que pasa en los pueblos extraños. No es tan nueva la doctrina de la igualdad que no esté predicada por autores antiguos, aun de época en que éramos los españoles muy linajudos. Cervantes dice que, haldados puede haber caballeros, y cuando más, que cada uno es hijo de sus obras; y Cervantes tenía en mucho las circunstancias de la cuna más o menos ilustre. En la democrática Francia de nuestros días, o en la República angloamericana, donde impera la muchedumbre y falta clase alguna de privilegios, todavía se atiende a la casualidad del nacimiento, y son, si no en el gobierno, en la sociedad tenidos en estima los que pueden blasonar de corresponder a familias de grande o siquiera mediano lustre. Lo cierto es que esta ventaja, como todas, es apreciada por quienes la poseen, y rebajada por quienes de ella están faltos; y que ventaja es, lo declara la opinión de todos los pueblos en todas las edades.

No tengo yo la honra de llevar uno de los nombres o dígase apellidos señalados en la historia antigua de mi patria, y contados entre los principales de estos reinos. Pero tampoco soy un aventurero elevado por la revolución, como se figuran muchos, que sólo saben de mí que hablaba en la Fontana de Oro de 1820, suponiendo que fue la tribuna de aquel café la base del edificio de mi fortuna y fama. Si consulto antiguos documentos, desciendo, por el lado paterno, de un Guillén de Alcalá, personaje de cuenta en el siglo XII. Este apellido se unió en el siglo XVI con el de Galiano, que lo era de familia ilustre del reino de Murcia. En el mismo siglo se fundó mayorazgo por mis antepasados en la villa de doña Mencía, provincia de Córdoba, donde está mi casa solariega, quedando hecho de Alcalá y Galiano un solo apellido compuesto, que había de tomar quien heredase la vinculación de la casa.

Mi madre llevaba el apellido de Villavicencio, de la rama de los Fernández, y no de los Núñez, y era prima en tercer grado del duque de San Lorenzo, padre del que hoy lleva este título; esto es, descendía del mismo tatarabuelo, siendo hermano su bisabuelo de una Villavicencio, marquesa de la Mesa.

Por el apellido de Pareja, también ilustre, era mi madre prima segunda de mi abuelo paterno, con otro parentesco más, por lo cual, para casarse con mi padre, hubo menester doble dispensa. Por fin, el apellido de la Serna, segundo de mi madre (pues Pareja era el cuarto), tenía, sobre ser antiguo y bueno, cierta clase de ilustración, que era ser los que le llevaban, por lo común, agudos e instruídos, mucho más que lo común en caballeros o señores de provincia. De mi bisabuelo materno, o abuelo materno de mi madre, habla el padre Feijoo con motivo de haber tenido con él correspondencia sobre un niño bicípite, nacido en Medina Sidonia, y le menciona diciendo de él: «Don Luis de la Serna y Espínola, regidor de Medina Sidonia, que es un caballero muy discreto.»

Pero dejando antiguas alcurnias, no estará demás hablar de la situación de mis padres y familia cuando yo nací, porque esto ya influyó en mi situación en mis primeros años. En verdad, en la hora en que vine al mundo, los míos estaban, si no en grande encumbramiento, en situación bastante ventajosa para mi futura carrera, situación que los llevó a adelantos notables, según apuntaré ahora mismo.

Mi abuelo, don Antonio Alcalá Galiano y Pareja, era teniente coronel del regimiento de milicias provinciales de Bujalance. Poseía el mayorazgo de la casa, y servía en milicias, como solían en aquella época los caballeros de tierra adentro. Después pasó a coronel del regimiento provincial de Écija. En la guerra del Rosellón, en 1793 y 1794, se distinguió por su valor y tuvo la fortuna de contribuir a la gloriosa defensa de Bellegarde, a la par casi con su gobernador; siendo ésta una de las pocas defensas honrosas al nombre español hechas en aquellas campañas de poco lustre y muy mala fortuna. Siguióse de ahí ascender a brigadier de ejército, y al fin de su vida a mariscal de campo, y obtener una buena encomienda en la Orden de Alcántara, de que fue caballero, así como mi padre, su hijo y los dos hermanos de mi madre, mirando yo siempre por esto la cruz verde con singular respeto y cariño.

El primogénito de mi abuelo, y hermano mayor de mi padre, que nació cuando el suyo contaba ya cabales dieciséis años de su edad, servía también en milicias provinciales como mayorazgo de provincia, y en la misma guerra de Francia se señaló tanto por su bizarría, que hubo de ascender a coronel en breve tiempo, cuando no se andaba largo en premiar, como es ahora costumbre. Cortó la muerte su carrera, cayendo en una de las derrotas que hicieron tan funesto a España el año de 1794. Dejó varios hijos, con los que ha sido dura la fortuna, salvo el que heredó el mayorazgo de la casa, tampoco muy feliz, bien que por culpas propias, habiéndose acarreado temprana muerte con vituperables excesos.

El segundo hermano de mi padre contribuyó al nombre y a los adelantos de la familia. Llamábase don Vicente, y entrando a servir en el Real Colegio de Artillería de Segovia, dio desde luego muestras de muy aventajado en sus estudios; de forma que, salido a oficial, hubo de quedarse de maestro. Dedicóse en tanto a otra clase de estudios, sin olvidar los científicos de su profesión. En literatura adquirió buenos conocimientos, llegando a ser escritor de mérito en sus días; pero a lo que más atendió y donde más llegó a sobresalir, fue en las cuestiones económicas. Hízose dueño de lo que se sabía en Europa en su tiempo, y más especialmente de la obra de Adam Smith, sobre la riqueza de las naciones, a la sazón no vulgarizada. A esto agregó después un conocimiento profundo del complicado antiguo sistema de la Hacienda de España, en lo cual de pocos ha sido igualado y por nadie excedido, conservándole aún mucha admiración los que se dedicaban al estudio del mismo ramo. Empezó mi tío a señalarse con obrillas que daba a la Sociedad Económica de Amigos del País, de Segovia, en la cual figuraba como uno de los socios más celosos e ilustrados. Con esto, soliendo estar cercana la corte, que pasaba todos los años al Real Sitio de San Ildefonso, llamó su persona la atención del conde de Lerena, ministro que era de Hacienda, reinando todavía Carlos III. Pasó mi tío de capitán de Artillería a comisario de guerra, y de ahí a oficial de la Secretaría del Despacho de Hacienda, llegando a privar con Lerena hasta lo sumo; y cuando a éste sucedió en el ministerio don Diego Gardoqui, no sólo manteniéndose, sino recibiendo aumentos en su privanza. Por algún tiempo era quien más podía en su ramo, y habría sido de hecho ministro, si no le hubiesen malquistado con la corte ciertas rarezas, porque a un tiempo era cortesano en lo sumiso, e independiente en lo censor de los desórdenes de sus días, señalándose por lo íntegro, a la par que por lo encogido y falto de mundo. Dio también en ser republicano en teórica, aunque en la práctica fiel y reverente servidor de su soberano. Resta decir que murió siendo tesorero general en Cádiz, sitiada por los franceses en 1810, trayéndole la muerte la fiebre amarilla, cuando contaba pocos años sobre los cincuenta.

El tercer hermano fue mi padre.

El cuarto, cuyo nombre era Antonio, así como el mío, nombre muy común en la familia, y que sigue siéndolo, dando margen a equivocar los dichos y hechos de unas personas con otras, estudió leyes, y no bien concluyó sus estudios, cuando, a uso de aquellos días, en los que raras personas distinguidas hacían de abogados, vistió la toga, siendo nombrado alcalde del crimen en la Chancillería de Valladolid, muy mozo todavía. Éste llegó a ser consejero de Hacienda, y murió en 1826. Empezó una obra titulada Máximas de legislación, que algunos me han atribuido. En su juventud fue también de ideas innovadoras y democráticas; pero con los años mudó, y el último período de su vida fue señalado por su celo de la causa del trono.

Tuvo mi padre dos hermanas. La una vivió y murió en un convento. La otra se casó con un brigadier de Artillería, don Antonio Valcárcel, que después, por fallecimiento de sus hermanos mayores sin hijos, heredó el título de marqués de Medina, ilustre, pero pobre en rentas. Mi tía falleció en 1813, en el mar del Sur, donde su marido había sido nombrado capitán general de Chile, siendo teniente general de ejército, pero las revueltas de aquellas tierras no le consintieron ejercer su cargo, y trasladándose ambos consortes de uno a otro punto de aquellas costas y de las vecinas del Perú, acometidos en el buque en que iban de una enfermedad pestilente y aguda, fallecieron, mediante poquísimos días de la muerte del uno a la del otro, con lo cual tuvo algo de tierno y novelesco un fin, por otra parte, ordinario. Dejaron tres hijos, que todos murieron en edad temprana, y una hija, que aún vive, casada con don José Gener, oficial que ha sido de la Secretaría del

Despacho de Hacienda. El primogénito, aunque murió joven, se había ya casado con una hija del marqués de la Regalía, y dejó una niña heredera de su título, pero apenas de su hacienda, la cual ha venido casi a nada.

Resta decir de la familia de mi madre, con la cual particularmente me crié.

Mi madre era la última entre sus hermanos, de los cuales, habiendo muerto algunos, vivían dos varones y cuatro hembras. Aquellos entraron a servir en la Armada, habiendo venido su padre y mi abuelo materno, don Antonio Villavicencio, a circunstancias, si no de pobreza, tales, que precisaban a sus hijos a buscar carrera. Ambos entraron a un tiempo en el Real Colegio de Guardias Marinas, siendo forzoso fingirles la edad, por tener el primero más y el segundo menos que la necesaria para ser admitidos. Fue muy desigual la fortuna de estos hermanos, aunque la mala e injusta del mayor de ellos mejoró algo, poco, antes de su muerte. Don Rafael de Villavicencio, que es el de quien hablo, era de regular talento, de alguna cultura y buen oficial de marina; pero con su honradez y valor hermanaba encogimiento, darse demasiado a su casa y familia, y ser de poco brillo, aunque de festivo humor y chistoso. Siguió su carrera sin reveses, pero sin los aumentos debidos. En las desdichas de la Armada española no tuvo parte hasta 1805. Vivía, sin embargo, pospuesto, y era simple capitán de navío cuando su hermano, don Juan María, menor que él en siete años, e igual en antigüedad en el servicio, ceñía ya la faja de jefe de escuadra. En 1799, habiendo salido con el navío que mandaba en la escuadra combinada que al mando del almirante Bruix navegaba para Brest, fue separado por el temporal de sus compañeros, y vecino a las costas meridionales de Portugal, se vio en medio de una escuadra inglesa. No perdió con todo eso ánimo; entróse en un puertecillo portugués, y allí se abrigó malamente. Los orgullosos ingleses, acostumbrados a tratar a Portugal como tierra propia, o como sierva, se dirigieron a apresarle allí, sin respetar la neutralidad del territorio. Mi tío entonces envió a decir a los del pueblecillo vecino al lugar de su fondeadero que abrasaría la población con el fuego de sus cañones si no encontraba en ella la protección que le era debida. Surtió efecto la amenaza, y los portugueses convencieron a sus prepotentes amigos o dominadores a que dejasen libre el navío español. A poco, aprovechando mi tío una ocasión favorable, se hizo a la mar, y se metió en Cádiz. Ni aun por esta acción alcanzó premio. Años después, en el combate dado enfrente del cabo de Finisterre, en julio de 1805, cayendo sotaventado entre la escuadra enemiga, y mal socorrido por los franceses, que no acertaron a sustentar bien la pelea en que entraron los pocos españoles unidos con ellos, hizo una vigorosa defensa, y si bien hubo al cabo de arriar bandera y entregarse, alcanzó con su resistencia honra y gloria. Por este revés honroso fue al fin hecho brigadier. De ahí a poco, obtuvo la faja cuando su hermano menor la tenía desde más de cinco años antes, ya con el segundo bordado. Murió este tío mío en 1810, de sesenta y tres años, muy sentido por mí, que lo traté acaso más que a mis otros parientes varones, y a cuyas dos hijas mellizas, mis primas hermanas, he mirado siempre con cariño fraternal.

Muy diversa vino a ser, como dejo dicho, la suerte del otro hermano de mi madre, personaje notable y a quien siempre tuve yo la consideración de que disfrutaba en la familia, siendo, además, mi padrino de bautismo. Don Juan María Villavicencio, a quien me refiero, tenía en verdad singular talento y calidades no comunes; chistoso por demás, en su gesto serio y aun desabrido, satírico, a veces cáustico, buen marino, aunque no de los eminentes en la parte científica, de muy varia instrucción, si no profunda, con habilidades de cortesano, si bien a menudo con repugnancia a serlo, principalmente antes de la vejez, con don de gentes para el mundo, a pesar de ser duro y caprichoso, reverente y murmurador, pero fiel y puntual; con tales cualidades adelantó rápidamente en su carrera en la Armada,

sin dejar de hacer navegaciones largas y peligrosas; pisó con frecuencia, no sin concepto ni sin ventaja, los términos de la corte, y paró en tener las más altas dignidades, hasta la de Regente del Reino en la regencia más calificada entre cuantas hubo cuando, cautivo Fernando VII en Francia, sustentó la nación española la causa de su honor e independencia. Los libros de este tío mío, que eran algunos y escogidos, sirvieron en gran manera a mi enseñanza, y de su conversación y ejemplo tomé mucho, siendo él muy amado de mi madre, aunque debo decir que en lo mucho que le traté más le tenía de consideración que de cariño.

De las hermanas de mi madre, ésta y una más se casaron; las dos mayores quedaron solteras. Cada una de las primeras. tomó consigo a una de las segundas. La que tocó en suerte a mi madre me profesó amor maternal arrebatado. Fue su destino en edad avanzada tener que seguirme a climas septentrionales, donde tierra, lengua, costumbres, todo era para ella muy ajeno de sus hábitos y aficiones, y esto no obstante, resistió a nueve años de destierro en Inglaterra y Francia, y hubo de alargar sus días hasta morir, ya de ochenta y dos años, a los cinco de haber vuelto a España, causándome su pérdida un dolor de los que se sienten cuando pierden las criaturas el último lazo que las liga a su vida antigua, esto es, a sus mejores años.

Tiempo es ya de hablar de mí mismo, y confío en que se me disimularán las noticias que anteceden, en fuerza de la razón que me mueve a hacerlas; pues representado por algunos con malicia y por otros con equivocación, y creído por muchos un aventurero político, cuya fortuna es debida a las revueltas y desdichas de su patria, como la de tantos de quienes hay abundantes ejemplos, he estimado justo decir las que, aún siendo verdades impertinentes, no por esto pierden su carácter de verdades. Fuera de esto, si hay quien me culpe de vanidades pueriles y fundadas en poco, doblaré humilde la cabeza a su sentencia, estimándola en parte justa, aunque pecando por severa, y alegando en mi defensa que merece algún perdón quien habla de sí propio, sobre todo en la vejez, amiga de parladurías, y en situación no ventajosa en que suelen los hombres abultarse a sus propios ojos, aún más que en otras ocasiones, sus merecimientos de cualquiera clase

Mi padre, nacido en la villa de Cabra, en octubre de 1760, era teniente de navío cuando yo vi la luz en Cádiz, a 22 de julio de 1789. Más de una vez, con las supersticiones de que nadie está exento, he meditado en la rara circunstancia que me hizo nacer a mí destinado a vivir entre revueltas e inquietudes y a tomar una parte considerable en las de mi patria, en el mes y año en que empezó en el mundo la más importante y grave mudanza que han visto todas las edades. En efecto, ocho días había de la caída de la Bastilla en París, lance primero de la gran tragedia que tanto conmovió a Francia y ha venido a dislacerar, a madurar y a renovar el mundo, cuando vi yo la luz primera. Confieso, por otra parte, que esta reflexión es impertinente, porque en los mismos días hubieron de nacer miles destinados a vida más pacífica y oscura que la mía, casi todos ellos a mejor fortuna, y los que a mala, aun de otra clase que la que me ha tocado en suerte.

En la hora de mi nacimiento vivían mis padres con un pasar mediano, tan distante de la riqueza cuanto de la estrechez, y con muy fundadas esperanzas de aumentos en su fortuna. Mi padre gozaba ya de alto concepto en su carrera. No bien concluyó sus primeros estudios, comunes a todos los oficiales de la Real Armada, cuando hubo de dedicarse a los que se llamaban mayores, o sea astronómicos, seguidos por pocos, y estos los más aprovechados de la marina española, a la sazón floreciente. Había ido en la expedición de don Vicente Tociño a levantar las cartas marítimas de las costas de España, obra muy honrosa a nuestra nación y de gran mérito para su tiempo, cuando ninguna otra poseía una colección de la misma clase tan completa y tan bien hecha, y obra en la cual trabajaban casi todos

los oficiales de saber y buen concepto de aquellos días. En ella estaba empleado mi padre cuando resolvió el Gobierno español hacer un reconocimiento del estrecho de Magallanes para ver si era posible efectuar por él el tránsito del océano Atlántico al Pacífico, hecho por allí en la vez primera en que se dio la vuelta al mundo, y abandonado después de resultas de haber sido descubierto y doblado el cabo de Hornos, si bien en el siglo XVIII desgracias ocurridas a varias expediciones, y nacidas de la mala práctica, de tener miedo a la tierra y de engolfarse en altas latitudes, eran causa de ser mirada con cierto horror la navegación por las inmediaciones del mismo cabo que hoy se lleva a efecto con tan poco cuidado y peligro. De la relación impresa de este viaje casi infructuoso, por haberse reconocido que no convenía de modo alguno volver al paso del estrecho, consta que fue destinado a ella mi padre con don Alejandro Belmonte, ambos sacados de la expedición de Tociño como oficiales de superior inteligencia para la parte propiamente facultativa de aquella empresa. A ella fue mi padre a poco de haberse casado; y a su vuelta, efectuada en breve, fue cuando empezó mi existencia. Las navegaciones en la época de que trato proporcionaban algunas, bien que no grandes ventajas, a los oficiales de marina, entonces todavía bien pagados. Así es que, como dejo dicho, en el día de mi nacimiento vivía mi familia desahogadamente. Estaba entonces con mi madre la suya, y también su hijo don Juan, a la sazón capitán de navío, y juntos los bienes de todos, podía pasarse con más anchura.

Fui yo el primer fruto del matrimonio de mi padre, habiéndome precedido sólo un mal parto de mi madre. No por esto podía haber esperanzas de que heredase el mayorazgo de mi familia, pues el hermano mayor de mi padre estaba ya casado y tenía hijos, y el segundo era joven y robusto. Celebróse, con todo, mi nacimiento como si estuviese yo destinado a mejor suerte que la que entonces se me presentaba. Fui bautizado con pompa superior a la común, y me echó el agua el canónigo lectoral de la catedral de Cádiz, don Antonio Frianes y Ribero, predicador elocuente y hombre entendido y de alto concepto en Cádiz, celebrándose la ceremonia en la parroquia del Hospital Real, que era la castrense.

A los ocho días de haber yo nacido, hubo de dejarme mi padre para una ausencia de algunos años. Había sido destinado a una expedición cuyo encargo era dar la vuelta al mundo. Los viajes del inglés Cook y otros navegadores, y el que a la sazón estaba haciendo el francés La Pérouse, cuyo fin fue tan desdichado, tenían muy ocupada la atención de los gobiernos y pueblos europeos, y el Gobierno español, muy celoso entonces del lustre de su marina, no quería quedasen atrás en la carrera corrida a la sazón con tanta gloria por los extraños. El mando de esta expedición fue dado a don Alejandro Malaspina, italiano de nacimiento, aunque oficial al servicio de España desde el principio de su carrera, entendido en su profesión y de instrucción varia, hombre muy de mundo y cortesano travieso además, y que, como en su lugar se dirá, metido en enredos y marañas de corte, hubo de causar a su amigo, mi padre, algún daño y mayor peligro. La partida de mi padre, aunque dolorosa, prometía algunas ventajas, no siendo leves las que resultaban en los oficiales de marina de ser empleados en semejantes expediciones; sin contar con que, ganando en ellas en crédito los que le merecían, le proporcionaban notables aumentos en su fortuna.

Quedado yo solo, y según las apariencias por algunos años, al cuidado de mi madre, bien corría riesgo mi educación de haber sido descuidada, mayormente siendo yo mirado con extremos de cariño. Pero no fue así, aunque tal vez el equivocado amor materno, según referiré, proporcionándome algunas ventajas, no dejó de acarrearme inconvenientes de los que a ellas suelen ir anejos. Contaba yo sólo ocho meses, cuando nos trasladamos de Cádiz al pueblo contiguo, llamado la Real Isla de León, y hoy la ciudad de San Fernando, primero y principal depar-

tamento de marina. Esta población, hoy tan decaída, estaba a la sazón por demás floreciente, y eso que tenía pocos años de existencia, pues a mediados del siglo próximo pasado no había en el lugar donde hoy está más que uno o dos caseríos, y en la época en que yo en mi infancia pasé a habitar allí, don Antonio Ponz, en su Viaje de España, le supone un vecindario de más de cuarenta mil almas, cómputo exagerado, pero prueba de la repentina grandeza de aquel lugar, tanta era la a que había llegado entonces la Real Marina de España;

grandeza, por desgracia, fugaz y de brevísima duración, debiéndose el haber desaparecido en parte a culpas posteriores del Gobierno, y en parte a ser aquella fábrica desproporcionada a sus cimientos, no estribando sobre los de una numerosa marina mercante. Ello es que al abrirse los ojos de mi entendimiento vi el espectáculo de un pueblo, aunque pequeño, lucido, componiendo su lustre el de la oficialidad de marina. Natural era, pues, que mis primeros pensamientos y afectos fuesen todos de amor y respeto a un cuerpo lucido e ilustrado, que por todas partes me rodeaba y en el cual servían mis más cercanos parientes, mi padre y los dos hermanos de mi madre, con otros varios de mi familia. La carrera de marina era la que yo habría abrazado, si hubiese podido seguir mi gusto.

Pero conviene tratar de tiempos muy anteriores a los en que podía presentárseme la ocasión de elegir. Mi madre, desde mis más tiernos años, cuidó de mi crianza intelectual con esmero y aun con celo excesivo. Era señora bastante instruida para criada en una provincia de España y en aquella época; y no lo era menos su madre y mi abuela doña Juana de Laserna, que vivía a nuestro lado, que me amaba con idolatría, y a la cual pagaba yo mi afecto como suele hacerse en la primera infancia. Una y otra sabían bastante de historia, especialmente de la de España, leída, como es de suponer, en Mariana y otros autores castellanos de menos nota; una y otra habían leído mucha poesía, y señaladamente nuestro teatro antiguo, siendo idólatras de Calderón, y una y otra atendían algo a los sucesos políticos de su tiempo, en lo poco que en aquellos días se mezclaban en las cosas de Estado los meros particulares. No tenían, como era de presumir, el mejor juicio crítico o filosófico, aunque no careciesen de cierto gusto literario, si no el más acrisolado, tampoco torpe. De esto, ciertamente, no podía yo ser juez entonces; pero he venido a serlo después, conservando fidelísimamente en mi memoria mucho de lo que entonces oí de boca de personas tan queridas y veneradas, y una de las cuales, mi madre, vivió hasta tener yo edad en que pudiese formar juicio sobre esos conocimientos e ideas.

Lo cierto es que, recién cumplidos los tres años, había yo aprendido a leer, y lo hacía con perfección, para aquella edad, asombrosa. Contribuyó a que adquiriese estas dotes haber yo sido, naturalmente, lo que se llama adelantado, pues anduve y hablé antes que lo común en los niños; progresos físicos que, como se verá, no se sostuvieron. Sabiendo ya leer, fui puesto a escribir también muy prematuramente. Resultó de esto último cobrar malas mañas, que después no he podido remediar, aun en un modo singular de coger y llevar la pluma, con otros vicios en el carácter de mi letra. Pero en los estudios meramente intelectuales siguieron siendo notables mis progresos. A poco más de los cuatro años sabía de memoria gran parte de las fábulas de Samaniego, muchas de las de Iriarte, con los malos versos sobre la Historia de España, por el padre Isla, anejos a su traducción del compendio de Duchesne. Sin contar otras obras de igual o parecida naturaleza, en que estaba incluido el Catecismo de Fleury, porque cuidaban mucho de enterarme de la Historia Sagrada y de las doctrinas de la religión, mi abuela, que era devota, aunque no fanática, y mi madre, cuya piedad religiosa, sin ser tan ardiente e intensa, era, con todo eso, cabal y sincera. La verdad es que empecé a ser mirado como un prodigio chiquito, abultando fuera de toda medida mis méri-

tos el tierno amor de los que me rodeaban, y aun la necesidad o la lisonja de algunos, entre los extraños, que me conocían. Mi crianza en la parte moral no era señalada por extremos viciosos de indulgencia, y, sin embargo, venía yo a ser completamente lo que se llama un niño mimado, aunque con una clase especial de mimo. Cuidábanse particularmente de no exponerme al calor ni al frío, y atendiéndose a mis estudios, materia de gusto y también de vanidad inocente, y de ellas no conocida, para mi madre y abuela, se me criaba apartado de otros muchachos, con maestros en casa, en vez de enviarme a la escuela, y según la expresión común, entre las faldas. Aunque en mis primeros años sólo tuve una enfermedad grave, y aun escapé de las entonces comunes de las viruelas y el sarampión, sin duda por mi crianza recogida, aún cuando en ello tuviese parte mi complexión natural, era yo un niño enteco y desmañado. Quizá de ahí viene que he carecido enteramente durante mi vida de fuerzas y de agilidad corporal, hasta un grado nada común. En verdad, son tales mi desmaño y flaqueza, que a todo se extiende; así ni corro, ni salto, ni lo he hecho en mis mocedades, sino muy mal, y al aprender a bailar con buenos maestros, hube de dejarlo, viendo cuán pocos progresos prometía, y resignándome a no tener este recreo, antes que tenerle, siendo ridículo y molesto; y soy pésimo jinete, y no he podido adelantar en la esgrima, ni en el dibujo, a que se agrega tener mala letra y andar como tropezando, pudiendo tal vez achacarse al mismo origen el aumento, si no la causa, de la cortedad de mi vista y de flaquearme las piernas y temblarme todo el cuerpo, con otros accidentes nerviosos, de todo lo cual sacan motivo harto cierto para ridiculizarme quienes me profesan mala voluntad, y hasta muchos indiferentes. No sé si atribuir al mismo origen mi sensibilidad extremada y viva, la cual batalla en mí con un genio propenso a analizar y a juzgar fría y desapasionadamente; mezcla de encontradas cualidades que me pasman cuando me examino a mí propio. No puedo oír una buena música, ni referir una acción grande, sea lastimosa o, por otro lado, tierna, ni oír o leer la expresión de pensamientos o afectos que conmueven, sin arrasarme en lágrimas los ojos, o aún sin que el llanto, procurado en balde reprimir, me bañe las mejillas.

Del modo que antes va referido pasaban mis niñeces, siguiendo en la isla de León, de la cual sólo salí para un corto viaje a la Línea de Gibraltar, donde estaba a la sazón mi abuelo paterno, con el regimiento de su mando. Vi a este pariente cercano y respetable, y no le cobré buen afecto. Era mi abuelo, llamado, como yo, Antonio, hombre duro, severo, quisquilloso, poco instruido, aunque no necio, lleno de rarezas y recomendable en medio de todo como hombre entero y de pundonor, principalmente como soldado. Chocáronme sus costumbres, señaladamente una que tenía igual a la que cuentan del francés duque de Vendôme y de su hermano el gran prior, que era recibir a sus subalternos sentado en vaso nada limpio, donde pasaba largos ratos, presentándose a las gentes para cosa en que casi todos se esconden. También me chocaron los extremos de respeto exterior con que pretendía ser tratado, obligando a sus nueras, ya crecidas, a que le besasen la mano, y a éstas y a sus hijos a sumisión, como a la que se tiene a los mayores solamente mientras duran los años de la niñez. Mi madre, a quien yo profesaba, sobre tanto amor, tanta consideración, llevaba a mal tantas singularidades de su suegro, que en mí hubieron de infundir escaso afecto a una persona a quien debía tenerle muy señalado.

Capítulo II

Regreso de su padre.—Viaje a la corte.—Presentación a los ministros de Hacienda y Marina.—Nacimiento de su hermana.—Grave enfermedad, en que está a punto de sucumbir.—Estado de los ánimos en la corte.—Convalecencia.—Afición creciente a la lectura y primeros libros que maneja.—Obtiene gracia de cadete de Guardias españolas.—Salida de Madrid para la isla de León, y causa que la motivó.

Vuelto a la isla de León, había yo cumplido cinco años y aún un mes o dos más, cuando regresó mi padre de su largo viaje. En él se había distinguido no poco. Había trabajado una Memoria sobre un descubrimiento suyo de un método de hallar la latitud de un lugar por dos alturas de sol; y si hay quien pretenda que, sin haber él comunicado su pensamiento, otros al mismo tiempo le tuvieron, mal se puede negar que aún eso siendo, sólo acertó por su parte con lo que otros, por lado diferente, acertaron, había con esto y otras cosas aumentado su fama de astrónomo y marino. Dejando de completar su viaje alrededor del mundo, había sido enviado desde las costas del Perú a las occidentales de Méjico a una expedición cuyo mando se le encargó, la cual tenía por objeto buscar el paso del Atlántico al Pacífico por un estrecho llamado de Juan de Fuca, a que había dado nombre el de un navegador antiguo, no de los de renombre más alto, paso buscado en balde por allí, como después lo ha sido, aunque con mejores probabilidades sin fruto alguno, por hábiles navegantes modernos. Llevó mi padre a esta comisión dos goletas, la Sutil y la Mejicana, mandando él una y llevando ambas a sus órdenes, al paso que el mando inmediato y subalterno de la segunda fue dado al capitán de fragata don Cayetano Valdés, sobrino del bailío don Antonio Valdés y Bazán, ministro que era de la Marina, muy querido de su tío, y que empezó entonces a adquirir fama que después supo dilatar y remontar a bastante altura. Aunque este viaje, cuya relación está dada a luz, no trajo provecho notable a las ciencias, sirvió de aumento al concepto de mi padre.

Volvióse éste atravesando por tierra el virreinato de Nueva España; y después de pasar algunos días en Méjico, su capital, de cuya grandeza quedó prendado, siguió a Veracruz, donde, embarcándose, tardó poco en pisar el suelo de su patria. Vile yo como extraño, y como tal me hubo él de ver, porque cinco años contados desde los ocho días de nacido, son tan largo período, que en él se ha formado una existencia. Presentóme a él mi madre con orgullo, enumeró mis méritos y dotes adquiridas, ponderó mi instrucción, no corta para mis años, y esperó de su marido aplausos sin mezcla de censuras al encontrarse con un niño tan sabio. Pero mi padre, sin dejar de aplaudir mis progresos intelectuales, hubo de notar que en la parte física me hallaba yo pobre y endeble, con trazas de «para poco», si ya no de enfermizo, tampoco de sano; en suma, como una planta falta de fuerza, por haber carecido de aire. Le dolió mucho verme en tal estado, y pecando por el extremo opuesto al que había llevado a dar atención excesiva y casi exclusiva a mi adelantamiento intelectual, no sin admiración ni aun sin algo de disgusto de mi madre,

manifestó, o cuando menos apareció tener en poco mi instrucción desproporcionada a mis años, y aun dijo que era su deseo que yo soltase los libros, que me diese a jugar al aire libre, a correr y hasta hacer diabluras, y que si fuese necesario, tomase un palo y rompiese cuanto encontrase delante.

Me han contado que yo, cediendo a los impulsos ignorantes de mi corta edad, más que a mi ciencia temprana, fui a tomar tan a la letra el paternal precepto, que asiendo un palo me encaminé a romper con él un espejo, alegando, cuando se me reprendió e impidió poner por obra mi intento, que obraba por complacer y obedecer a mi padre. El nuevo método de crianza que éste había discurrido para mí no pudo, sin embargo, ponerse en práctica. Le llamó muy en breve a la corte una orden superior, y hubimos de separarnos otra vez, cuando tras de tan larga ausencia habíamos llegado a reunirnos. Recobré, pues, mi vida pasada, a la cual, por otra parte, había yo cobrado afición, entreteniéndome más la lectura que juegos de niños en que no tenía compañeros ni me mostraba por otra parte muy aventajado.

Pocos meses después habían corrido cuando una disposición de mi padre fue causa de que nos trasladásemos mi madre y yo a la corte, donde era de esperar que fuese larga nuestra residencia. Había dispuesto por aquel tiempo el Gobierno hacer buenos mapas de España, semejantes a las cartas marítimas de Tociño, y muy superiores a los que existían hechos por el geógrafo don Tomás López, obra a todas luces incompetente. Mi padre, por el alto concepto de que gozaba, y también por el valimiento en que estaba su hermano don Vicente, fue el encargado de dirigir tan importante trabajo. Le ocupaba también el cuidado de publicar su Memoria ya citada, sobre hallar la latitud de un lugar por dos alturas de sol, y otra sobre hallar las longitudes en el mar, estando muy ufano del descubrimiento que había hecho, explicado en la primera, y prometiéndose de esto ventajas a la ciencia y aumentos de consideración a sí propio.

Verificóse nuestro viaje a mediados de abril de 1795, contando yo, por consiguiente, poco menos que seis años. Iba yo muy engreído de mí mismo, como es natural en tan pocos años, y oyéndome celebrar tan fuera de medida, y no menos vana de mí estaba mi pobre madre. Hasta me atrevía a hacer versos, y me acuerdo de que durante nuestro viaje, habiendo en un día festivo llegado tarde a la posada y estando mi familia pesarosa por creer ya difícil oír misa, como se expresase esperanza de poder todavía conseguir esto último, metiéndome yo en la conversación, salí con la siguiente cuarteta:

> Ni los clérigos querrán
> decir misa por la tarde,
> pues no es cosa regular
> sin que la Iglesia lo mande.

Admiróse y conservóse en la memoria tan pobre coplilla, en verdad no del todo propia de un niño de cinco años y medio, pero tampoco asombrosa aún para mi edad, habiendo ejemplos, si bien pocos, de muestras de superior capacidad aún en más tiernos años.

Terminó por el pronto nuestro viaje en Aranjuez, donde a la sazón residía la corte, como solía por la primavera. Recibiéronme allí mi padre y su hermano y mi tío don Vicente. Este último, que entonces, siendo oficial de la Secretaría del Despacho de Hacienda, tenía tal influjo con el ministro del

ramo, don Diego Gardoqui, que dirigía todas las operaciones del Ministerio, me cobró el más tierno afecto, y siendo hombre, como ya he dicho, de vasta lectura y poco mundo, empezó a mirarme como a un portento. Presentóme al ministro, que también me acogió con singular aprecio y cariño, concediéndome grandes libertades en su casa y mesa, a que era admitido con frecuencia, no obstante mis pocos años. Creció con esto mi vanidad, que hubo de ser verdaderamente ridícula. Quien se acuerde o tenga noticia de lo que eran en aquellos días los ministros, tan diferentes no sólo en poder, sino en representación y consideración de los de la hora presente, bien puede hacerse cargo de cuánto envanecería y ensoberbecería a un chiquillo verse pisando con tal soltura las superiores regiones cortesanas. Así, lo que puede decirse aurora de mi vida, prometía que su mediodía fuese brillante y aun tranquilo y cómodo, y lleno de dignidad su ocaso. Harto diferente ha venido a ser mi destino, tocándome vivir en épocas revueltas y calamitosas, donde si he alcanzado algunas prosperidades y aun glorias han sido cortas y fugaces las primeras, y muy disputadas las segundas; compensándose ambas con grandes trabajos y padecimientos, y resultándome una vejez llena de amargos desengaños y de pesares, en gran parte no merecidos, tan menoscabada mi fortuna, que bien puede decirse impropia, no ya de mi posterior elevación, sino de lo que debía esperar para el último período de mi vida en la hora de mi nacimiento.

Pasado algún tiempo en Aranjuez, nos trasladamos por pocos días a Madrid con la corte, y con la misma pasamos en breve al Real Sitio de San Ildefonso, donde estaban los reyes todos los veranos. Seguía yo en tanto gozando de cierta celebridad. El bailío don Antonio Valdés, ministro de Marina, de quien, como oficial de la Armada, dependía mi padre, un día le manifestó deseos de conocer a un chiquillo de cuya viveza y saber tanto se hablaba. Me llevó mi padre a presencia de este personaje, que, siendo orgulloso, seco y hasta desabrido, y habiendo declarado deseos de conocerme sólo por movimiento de curiosidad pronto olvidado, me recibió con entono y distraído, no más que como debía mirar a un juguete, quien tenía puesta la atención en muy superiores cuidados. Fue cosa de risa cómo se ofendió mi vanidad pueril de tal recibimiento. Sabedor de ello el ministro Gardoqui, no muy afecto a su colega, se divertía en hablarme de este asunto, y aún me hacía que remedase al bailío en su postura, ademanes y palabras, al tiempo de recibirme, cosa que ejecutaba yo con gusto, acompañando mi remedo con necios vituperios al ministro de Marina, no sin risa de los que presenciaban tal escena, y para divertirse me azuzaban. Cuento estas anecdotillas por lo que hubieron de influir en formar mi carácter.

En los pocos días de mi residencia en Madrid me nació una hermana. Era para mí gran pena que la ausencia de mi padre por más de cinco años me hubiese privado del gusto de tener hermanos. Cumplióseme éste entonces, y sólo me resta decir que tuvieron después mis padres dos hijos varones, los cuales murieron ambos de corta edad, no habiendo cumplido ni un año el último, y cuando estaba cerca de cumplir tres el antes nacido. Quedamos, pues, solos mi hermana y yo, viviendo esta última, aunque apartada de mí por residir en tierra extraña, en la hora que escribo estas MEMORIAS. Residiendo yo en La Granja, o dígase en el Real Sitio de San lldefonso, una enfermedad aguda, producida, según las apariencias, por una insolación, me puso casi a las puertas de la muerte. Lloraba tanto cuanto mis padres mi tío, creyendo malogrado un fruto en cuya conservación tenía él vivo y tierno empeño. Pasó pronto el peligro, aunque grave, pero no recobré cabal salud, y aun, como diré después, una enfermedad lenta dio a creer casi seguro el término de mi vida dentro de breve plazo.

Por aquel tiempo se ajustó la paz entre Francia y España, paz venida a ser nece-

saria, aunque mal hecha, corriendo sobre esto rumores probablemente calumniosos en todo o en parte respecto al ministro y privado de Carlos IV. Era éste, como todos saben, el famoso don Manuel Godoy, duque de la Alcudia, creado entonces Príncipe de la Paz por haber concluido el ajuste a que me voy refiriendo. Era el tal ministro generalmente odiado, y mucho más que lo que merecía, no obstante sus desaciertos; y participaba la reina, su querida y autora de su elevación, del desconcepto y aborrecimiento general de que en grado superior era digna. Mi tío, aunque empleado celoso y sumiso y hombre de tan poco trato que compartía el tiempo entre su bufete y el retiro de su casa, murmuraba del Gobierno como casi todos en aquella época, y tal vez más que muchos, por ser, como llevo dicho, republicano en teoría, aunque fiel servidor del Estado en la práctica. Sus conversaciones, oídas y contadas, es fama que fueron causa de que no se le diese el Ministerio de Hacienda después de dejarle Gardoqui, juzgándosele generalmente superior a otro alguno en España en capacidad y conocimientos para desempeñar semejante destino. Acudió también, por este tiempo, al Real Sitio mi tío don Antonio, muy joven aún y alcalde del crimen en la Chancillería de Valladolid, el cual, siendo de las mismas ideas reformadoras y democráticas que su hermano, extremándolas más y hermanando con esto tener condición más fogosa y hábitos independientes de magistrado, en vez de los de cortesano, no andaba parco en sus censuras del Gobierno y de la corte. Mi madre, entendida y dada a ocupar su atención en los negocios públicos, aunque de doctrinas ciertamente no democráticas ni innovadoras, tampoco se quedaba corta en censurar a la reina y al valido, porque estos últimos eran ambos blanco de odios nacidos de diversas y aun encontradas causas, habiendo conformidad en vituperarlos en quienes en todo lo demás estaban entre sí disconformes. Sólo mi padre, atento a sus tareas científicas, nada o poco se mezclaba en conversaciones sobre política. Oíalas yo, aunque tan niño, con la atención propia de chiquillo adelantado y presuntuoso, y en ellas empecé a beber la aversión al Gobierno, general entonces en casi todos los españoles. Los que no han alcanzado otra época que la presente suelen figurarse que la oposición no existe, faltándole los medios por donde ahora se declara y obra. Verdad es que había entonces más respeto y sumisión a toda clase de autoridad no sólo en lo aparente y externo, sino en lo real y verdadero y en el trato íntimo y aun en el interior de las propias conciencias. Pero los excesos de la reina, y sobre todo sus liviandades, aunque en los actos de la corte no faltase al decoro, habían menoscabado mucho el concepto en que antes eran tenidas las reales personas. Esto sin contar con que aún en los días del venerado y amado Carlos III murmurar de los ministros y aun maldecirlos en conversaciones privadas era ocupación de no pocas personas, y, en general, entretenimiento sabroso; pero en la época de que voy tratando, otras cosas tenían ofuscado el lustre y debilitado el poder del trono, aún cuando se ostentase con todo su antiguo brillo y apareciese con su robustez constante. Los sucesos de la vecina Francia habían manifestado cuán fácil era tronchar los cetros en la apariencia más fuertes, y reducir a los reyes a condición peor y más afrentosa que la de los súbditos más humildes. Lo que pasaba en España entre desórdenes de la reina, debilidad y descuido del rey y soberbia de un privado, demostraba que la autoridad real puede, por culpas de quien la ejerce, desdorarse a sí propia e irse achicando y enflaqueciendo hasta causarse daño igual o superior al que nace de la oposición más violenta, o aún de rebeliones declaradas. Estas consideraciones son en verdad una digresión, porque no las hice yo, ni es de creer que las hiciese, ni aún ocurriríanse a hombres hechos, aunque fuesen de los agudos e instruidos, en las horas a que me voy en estos instantes refiriendo. Baste decir que en los días de que trato, maldecir al Gobierno era general costumbre, a

la cual daba él bastante motivo, y que yo aprendí a hacerlo desde luego, reservando para época posterior y muy diversa dar a mi oposición otro carácter que el de meras maldiciones.

A una cosa me referiré, porque pinta las costumbres de aquel período. No fue lo que menos ofendió en el valido que tomase el título de príncipe. No los había en España, fuera del de Asturias, heredero de la corona; y si uno u otro español de ilustre casa llevaba este título, era por serlo del Sacro Romano Imperio. Al primogénito del rey, que entonces contaba escasos once años de edad, desde luego, y más todavía andando el tiempo, pareció la nueva dignidad conferida al ministro y privado de sus padres una pretensión insolente de ponerse a la par con la Real Familia, idea que fue común a los cortesanos y al vulgo, lo cual, a su vez, aumentó en el alto personaje de quien trato la celosa desconfianza que él por propio impulso, o con inspiración ajena, bahía concebido.

Volviendo a mí, diré que, después de haber pasado con la corte a San Lorenzo del Escorial, hube de venirme de allí a Madrid antes que se viniese el Gobierno. Seguía yo residiendo en la capital con medianas conveniencias y aún con el regalo de coche propio mantenido entre mi padre y mi tío, con casi segura esperanza de que continuara siendo próspera nuestra suerte. Pero en la mía personal hubo una desdicha que la prometió mayor, la cual fue, como poco antes he dicho, venir mi salud a un estado muy lastimoso. Sin causa aparente tenía casi sin interrupción calentura, de que se siguió enflaquecer sobre manera y perder las fuerzas hasta estar casi postrado. Por fortuna no se notaba que tuviese dañado el pulmón u otra entraña de las principales, como parecía que daba a recelar la fiebre con trazas de hética que me consumía. Dolíanse, como era natural, los míos y exclamaba con desesperado dolor mi tío que muchachos tan adelantados como yo rara vez llegan a hombres, siendo frutos precoces a los cuales toca, antes de llegar a completa madurez, marchitarse y caer hechos polvo. Ésta era la opinión general. Mimábaseme entre tanto más que antes, gastándose locamente en satisfacer mis caprichos. La ventajosa situación de mi tío era causa de que no faltasen quienes le hiciesen la corte, los cuales lisonjeaban a su persona en la mía, regalándome con abundancia ricos juguetes. De mi larga enfermedad nació quedar yo cada vez más débil, así que, aún recobrando la salud, no llegué con ella a cobrar robustez: del mimo de que era objeto, aumentóse mi engreimiento; a pesar de ambas cosas, seguía siendo, a la par que estudioso, encogido. Pasado algún tiempo mejoró un tanto mi situación, dando esperanzas la circunstancia de no agravarse, aunque no cesasen mis males, y de no presentarse indicio de un daño interior de que debiese resultar mi muerte.

Casi por aquellos días perdió el Ministerio de Hacienda don Diego Gardoqui. Coincidió con esto, sin que yo me acuerde si fue antes o después, salir mi tío de la Secretaría de Hacienda y pasar a ser director de rentas provinciales, destino entonces de gran poder y aun de lucimiento. No se acertaba, con todo, si era favor o desgracia esta mudanza. Si fue lo segundo, fue desgracia corta, porque no empeoró la situación del nuevo director, el cual además conservó el gobierno del Real Sitio de San Fernando, que le era de alguna distinción y provecho. Por los mismos días regresó de Francia mi abuelo, caído prisionero después de haber hecho la gloriosa defensa de Bellegarde, y ascendido a brigadier, con lo cual pasaba del servicio de milicias provinciales al del Ejército permanente. Por causas de que no hago memoria separaron entonces casa mi padre y mi tío, sin que esto naciese de haber habido entre ellos desavenencia, debiendo además el segundo residir en Madrid, en vez de seguir a la corte en su casi continua estancia en los sitios reales. El estado de mi salud, aunque no empeorado, no mejorado, aconsejaba pro-

bar para mi alivio, entre otros remedios, el de mudar de aireo. Pero no siéndonos posible salir de la capital, se creyó que la mudanza de barrio podría serme conveniente, pasando de los bajos en que hasta entonces había vivido a los altos, que por su mayor ventilación tenían fama de más sanos. Así, dejando a mi tío en la hasta entonces nuestra casa común en la calle del Duque de Alba, pasé a habitar en la del Clavel, donde tomó mi padre una habitación reducida. Fuese por concurrir con esta mudanza la de ir adelantando la benigna estación de la primavera, fuese por ser mayor en realidad la pureza del aire en el barrio a que me trasladaba, o fuese por llegar ya mis dolencias a su término, siendo éste favorable, lo cierto es que en breves días me vi no sólo convaleciente, sino hasta sano, volviéndome con la salud la alegría.

En medio de los padecimientos corporales, mi estado intelectual había variado poco. No estaba perdida en mí la afición a leer, pero mi padre me la contenía, y aún andaba escrupuloso en punto a los libros que yo escogía para mi entretenimiento. Corría entonces con gran valimiento por las antesalas de las casas, sirviendo de recreo y enseñanza a los lacayos, un libro intitulado, si mal no me acuerdo, la Historia de Carlo Magno y de sus doce pares, donde en pésimo estilo están recopiladas muchas de las invenciones de los libros de caballerías y las relaciones atribuidas al arzobispo Turpin, que sirven de base a los poemas románticos de Italia, y particularmente al Orlando furioso, de Ariosto, así como en parte al Orlando enamorado, de Bojardo, y al Morgante mayor, de Pulci. Dime con increíble afición a leer el tal libro, y notándolo mi padre, se enfadó y tomó singular empeño en prohibirme su lectura. Ello es que por un lado me le quitaban y por otro cogía yo diferente ejemplar de los que abundaban, llegando casi a aprenderle de memoria, y sucediéndome con este libro lo que cuentan de Racine en su juventud con el cuento de los amores de Teágenes y Cariclea. Al paso que mi padre me quitaba una lectura, trataba de darme otras. Ocurrióle poner en mis manos un Quijote; pero, pensándolo mejor, no lo estimó oportuno ni fácil que yo comprendiese el mérito de tan insigne producción, en la cual, por otra parte, hay lances no para puestos en manos de un niño. Resolvió, pues, darme una obra festiva que trocase en risa las melancolías de mi enfermedad, y hubo la singularidad de que recayese la elección en la historia de Bertoldo y Bertoldino, con las aventuras de su nieto Cacaseno. No se crea por esto que era mi padre un hombre ignorante fuera de las materias de sus estudios, ni aun de gusto grosero; era, sí, poco atento a otras lecturas que las de matemáticas, y propenso a tener en poco cuanto salía de la esfera de las ciencias exactas, y, además, creía que a un niño no cuadraban obras cuyo mérito no podía llegar a conocer aún estando algo instruido. La verdad es que yo merecía algo mejor que Bertoldo. Le leí, con todo, causándome diversión y risa sus groseros chistes, pero no con gran satisfacción ni sin gusto bastante para conocer lo despreciable de aquella obra. Muy poco después fue puesto en mis manos el Quijote, y sería presunción decir que conocí su valor aunque le leí con placer extremado.

Cumplí siete años en medio de esto, y en el mismo día empecé a disfrutar de la gracia que había obtenido para entonces de vestir el uniforme de cadete de las Reales Guardias españolas, para que a los doce años cumplidos empezase a correr mi antigüedad, tocándome desde entonces hacer el servicio, privilegio de que disfrutaban los hijos de oficiales, de coronel inclusive para arriba, y que me comprendía por ser mi padre capitán de navío ya hacía tres años, siendo la de dieciséis la edad a la que los hijos de paisanos o de subalternos comenzaban a servir con antigüedad en el mismo cuerpo. El de Guardias españolas era entonces de los más distinguidos. Llamábanlos por apodo los divinos los Guardias de Corps, muy sus

contrarios, y ellos se envanecían del mote. Aunque por abusos comunes en España entraban cadetes algunos de poca o dudosa nobleza, no siendo raro eludir con falsos documentos el rigor de las pruebas que se exigían, eran las Guardias españolas y walonas cuerpos muy aristocráticos. En las primeras, cuyo uniforme empecé a llevar y donde estaba destinado a servir, ocupaba el puesto de comandante de uno de sus batallones, que era de gran distinción, el brigadier don Juan José Galiano, primo de mi padre, y de los queridos. Todo esto indicaba estar ya resuelto cuál había de ser mi carrera, si determinaciones tomadas con tanta anticipación no fuesen rara vez llevadas a efecto cumplido.

Pero vino a lanzarnos de Madrid un concurso de circunstancias desagradables, que bien podían haber acarreado a mi padre peores consecuencias que las de salir de Madrid a un departamento de Marina. Había venido a la corte Malaspina, el cual, según antes va dicho, se señalaba por su inquietud y travesura entre sus buenas calidades. Estaba unido con mi padre en bastante amistad, desde que le tuvo a sus órdenes en su viaje de la vuelta al mundo. El italiano ambicioso aspiró a no menos que a derribar de su privanza y poder al Príncipe de la Paz, para lo cual empleó muchos medios, procediendo con suma imprudencia. Iba acorde con él en este empeño el padre Manuel Gil, de clérigos menores, instruido literato, elocuente predicador, revoltoso y de escaso juicio, a quien tocó, andando el tiempo, hacer un gran papel en sucesos de la mayor importancia. Hubo de descubrirse esta maraña; cogiéronse cartas donde de ella se trataba, y llenas además de amargas burlas del valido. Vino, como era de suponer, el castigo a los urdidores de la trama, no excesivamente duro, por no ser costumbre en el Príncipe de la Paz extremarse en rigores con sus mayores contrarios. Mi padre ninguna parte había tenido en estos sucesos; pero su intimidad con Malaspina hubo de hacerle sospechoso, y así fue de recelar que saliese desterrado, y aún hubo quien le anunciase que tal suerte le estaba dispuesta. Por el mismo tiempo, hechos ya grandes preparativos para el trabajo de los mapas, y vuelto de Inglaterra el capitán de fragata don Juan Vergnacer, ido allí a traer instrumentos para las necesarias operaciones científicas, un abate Jiménez, geógrafo de profesión, y de corto saber, se quejó de que oficiales de marina le viniesen a usurpar su oficio, haciendo los mapas de España. Admitióse por fundada esta queja, quizá contribuyendo a ello el suceso de Malaspina. Quedóse España sin mapas, o a lo menos con unos despreciables por todos los títulos, y mi padre, a quien ya nada quedaba que hacer en la capital, recibió orden de pasar a Cádiz. Amagaba ya entonces la guerra imprudente que poco después vino a romper con la Gran Bretaña, declarándola el Gobierno español, compelido a ello por el francés, su aliado. Hicimos nuestro viaje en septiembre de 1796, a establecernos de nuevo en la isla de León. No fue de tanta pena para mi familia este suceso. Mi madre era idólatra de Andalucía, y amaba volver al lado de su madre, objeto de su viva ternura. Mi padre tenía el noble orgullo de creer que, en su profesión como distinguido oficial, estaba seguro de adelantar con gloria en su carrera. Yo, pobre muchacho, aún entendía poco de las diferencias de pueblo a pueblo, e iba participando del gusto que notaba en mis padres.

Capítulo III

Escuadra armada en Cádiz, contra Inglaterra.—Escuela en la Isla.—Combate del cabo de San Vicente.—Bombardeo de Cádiz.—Mazarredo, jefe de la escuadra.—Trasládase el autor a Cádiz, y ya a la escuela.—Amenaza de un castigo corporal.—Efecto que le produce y cólera de su padre.—La academia de don Juan Sánchez.—Maestros de francés y latín, y progresos del discípulo.—Su padre va a Méjico y vuelve a España con cargamento de plata, burlando la vigilancia de los cruceros ingleses.—Segundo viaje de su padre a Veracruz.—Sus tíos maternos salen para Brest en la escuadra.—Visita que hace a la librería de su tío don Juan María, y obras que halla y lee.—Afición que demuestra a las ceremonias religiosas.—Sermones que compone e improvisa, y efecto que produce en su auditorio.—Noticias que recibe de su madre.—Epidemia en Cádiz.—Incorporado al cuarto batallón de Guardias, continúa en su casa con licencia.—Paz general.—Regreso de su padre y estado de su fortuna.

Vueltos a nuestra vida antigua, y yo al lado de mi abuela y de la hermana soltera de mi madre, que me profesaba el más tierno amor, renovamos la vida de mis primeros años. No tardó en seguir a nuestra llegada a Andalucía la esperada declaración de guerra a los ingleses. Armóse una escuadra de algún lucimiento y bastante numerosa, no obstante estar ya en decadencia la marina, mirada con aversión por la reina y el privado. En efecto, aunque a fines del invierno, empezando marzo de 1796, había estado la corte en Cádiz, y aunque el rey había dado muestras de ver con satisfacción aquellos buques y su arsenal y navíos, la reina y el Príncipe de la Paz afectaron ver con disgusto y tratar con despego las cosas y personas en aquellos puertos, y todo cuanto tenía relación con la Real Armada. De este modo, valía poco el modo de pensar del rey, supeditado en todo por su mujer y su valido, y no contra su gusto, por acomodar su sujeción a su desidia y afición a pasatiempos, o groseros, o inútiles y hasta dañosos, señalándose entre estos últimos en el de la caza, en el que derrochaba cuantiosas sumas y se daba al olvido de sus primeras obligaciones. Armada la escuadra, fue dado en ella a mi padre el mando de un navío que hubo de ser el Vencedor, si no me es infiel mi memoria, aunque no estoy seguro de si tuvo otro antes.

Entre tanto, sabiendo yo desde muchos años antes leer con perfección y escribir medianamente, fui puesto en lo que se llamaba un estudio, esto es, en una escuela dedicada exclusivamente a la enseñanza de la lengua latina. Era la vez primera que yo salía a estudiar fuera de mi casa, y concurriendo con otros muchachos, y no me fue grata la novedad. El dómine (pues así solían llamarse los maestros de latinidad de aquel tiempo) era hombre grosero e ignorante, aunque, según es probable, entendiese y supiera del latín, o como entonces se decía, de la gramática, llamando así por antonomasia a la del idioma latino. Fuese como fuese, el maestro y mis condiscípulos fueron mirados por mí con disgusto. Era costumbre dar en aquel lugar, y con frecuencia, el feo castigo de los azotes, al que yo tenía inexplicable horror, no tanto por miedo al dolor, cuanto por la circunstancia vergonzosa de enseñar las carnes. Aunque había encargo estrecho de mi familia para que yo no fuese azotado, no bastaba esto a infundirme plena seguridad, viendo cuán poco ociosa estaba la disciplina. Me acuerdo que un día un muchacho ya mocetón fue

sentenciado a esta dura pena, que, resistiéndose, hubo de venir a las manos con el maestro, que lucharon ambos a brazo partido, dando más de una vuelta por la clase entre los muchachos, atónitos y casi todos deseosos de que saliese vencido el dómine, y que contra casi el general deseo quedó éste vencedor, siguiéndose ser tratado con rigor el mal acostumbrado rebelde, atado por las manos y pies a un banco, y azotado en público, contra la práctica común y las reglas de la decencia y el pudor; espectáculo repugnante que lo fue para mí en grado sumo. Lo cierto es que por aversión a aquella casa hice yo en ella pocos progresos, contra lo que se esperaba, viendo lo que había hecho en mis estudios anteriores.

En medio de estas cosas, sinsabores domésticos, aunque no fuera de los sucesos ordinarios, causaron algunas amarguras aún en mi ánimo de niño. Fue una de ellas haberse separado de nosotros mi abuela y tía tan queridas, para irse a vivir con mi tío, que ya con el grado de general tenía un mando en la escuadra. Duró poco la separación de la segunda, pero no así la de la primera, que fue eterna, pues muy en breve le sobrevino la muerte, siendo muy llorada por nosotros y por mí como por quien más, si bien no debíamos extrañar la pérdida, por pasar ya de los setenta y cinco años. Muerta esta señora, volvió su hija con su hermana, mi madre.

Los negocios públicos también llamaban nuestra atención, estando nosotros cabalmente en el teatro donde pasaban los principales lances de la recién declarada guerra marítima, y teniendo en el servicio de la marina a las personas a quienes mirábamos con más vivo afecto. Un gran revés para la Armada española, en que padeció mucho su honor, señaló los principios del año de 1797. Venía de Cartagena a Cádiz una escuadra española, compuesta de un número considerable de navíos, pero mal pertrechada y nada dispuesta a sustentar un combate con esperanza de ventajas o gloria. La mandaba el teniente general don José de Córdoba, valiente y aún con crédito de buen marino, pero escaso de luces, temoso, iracundo y muy apegado a preocupaciones antiguas. Era su segundo general el del mismo grado conde Morales de los Ríos, tampoco largo en saber y señalado ya por una acción desgraciada, y que venía hasta desavenido con aquél a cuyas órdenes servía. Avistó la escuadra a Cádiz y se puso casi a la boca de su puerto, soplándole algo recio y contrario el viento del este, llamado en aquellos mares levante. Una prática añeja, y ya entonces poco atendida, persuadía de que intentar la entrada en la bahía de Cádiz con tal viento era empresa, cuando no imposible de conseguir, a lo menos difícil y temeraria. Atúvose a esta idea el general Córdoba, y desistiendo de hacerlo por el puerto, se fue a sotaventar hasta ponerse a la vista del cabo de San Vicente. Es de notar que un convoy que venía al lado de la escuadra entró en la bahía de Cádiz y en ella fondeó, a pesar del levante, y a pesar de que los buques mercantes suelen maniobrar con viento por la proa menos bien que los de guerra. Llegada la escuadra a ponerse junto al cabo de San Vicente, tropezó con una inglesa que navegaba por las mismas aguas, mandándola el almirante Gervis, marino viejo y hábil, y viniendo en ella, con el grado de comodoro, Nelson, cuya fama, después tan dilatada y subida, en aquel día tuvo su principio. Era el 14 de febrero, de aciaga recordación para España, que si en otras ocasiones tuvo mayores pérdidas, nunca vio tan lastimado el honor de sus armas navales. Los ingleses, no obstante ser bastante inferiores en número a los españoles, se prepararon a entrar con ellos en combate. También nuestra escuadra dispuso pelear, no muy a su gusto. Pero el general Córdoba apenas acertó a dar órdenes, y el conde de Morales cumplió mal con las que recibió, no bien comunicadas, y entró la confusión, sin saber qué hacer los comandantes de los navíos. Embistieron con habilidad y brío los ingleses, combatiendo con algunos de sus

contrarios, mientras de estos otros se mantenían ociosos. Fueron tomados cuatro de nuestros navíos, entre estos dos de tres puentes, entrados casi todos al abordaje. El navío Trinidad, famoso por sus grandes dimensiones y por tener corrida una batería sobre cubierta desde el alcázar al castillo formando cuarto puente, yendo en él embarcado el general Córdoba, sostenía el combate con esfuerzo. Pero, a pesar de su valor, el general, viéndose mal parado, hubo de mandar arriar bandera, si ya no es que lo hicieron otros sin su orden, viéndose su aturdimiento, porque él, sin dejar de ser valeroso, perdió la serenidad, como sucede en casos de apuro y responsabilidad graves a hombres de denuedo, pero faltos de discurso, a quienes abruma no el miedo al propio peligro, sino el peso de su congojosa incertidumbre en medio de una general desdicha. En aquel trance, el capitán de navío don Cayetano Valdés, comandante del Pelayo, no recibiendo órdenes, discurrió que el puesto donde debía ir a ponerse era aquel en que era más vivo el fuego. Hizo, pues, rumbo hacia el navío Trinidad, que era el general, y viéndole próximo a caer en manos del enemigo, acudió a su rescate. Llegado con él a la voz, díjole que le siguiese; y como hubiese dudas de si estaba ya rendido, el alentado Valdés declaró que, si era así, le consideraría como a navío ya inglés, y le destrozaría con una andanada. Hizo efecto la intimación, y púsose el Trinidad en salvo, excusándose la afrenta de que cayese el general de la escuadra prisionero. Aunque no se agregó esta pérdida a las ya llevadas a efecto, no fueron éstas leves, siendo la del honor la más lastimosa. Sin embargo, los cuatro navíos perdidos habían combatido con bizarría, cayendo muerto en el San Nicolás su comandante Geraldino, y en el San José el general Wuithuysen, manco ya de herida recibida en otra sangrienta jornada, y que en ésta, llevándole una bala parte de las piernas y amputándosele lo que de ellas quedaba, vivió algunos minutos con sólo el tronco del cuerpo. Aún después de estas desdichas, quedando no inferiores en número a los ingleses los españoles, podrían los segundos haber renovado la acción con buenas esperanzas de mejor fortuna. Pero estaba perdido el aliento en los vencidos, y los vencedores, por su parte, no querían exponerse a perder en nueva refriega las ventajas que habían alcanzado casi inesperadamente. Hiciéronse, pues, los ingleses a la mar, y se dirigieron los españoles a Cádiz, donde a su entrada, con la noticia de su vencimiento, los recibió un destemplado clamor de ira injusta, por ser locamente apasionada. La preocupada rabia del vulgo, en el cual deben ser contadas muchas personas de no baja esfera, celebraba a Córdoba, ensalzando su valor y no teniendo en cuenta las graves faltas que había cometido, y, al contrario, pedía que en Morales de los Ríos se hiciese un escarmiento. Hubo un pasquín que decía:

> Para alivio de nuestros males,
> la cabeza de Morales,

y otros donde se denostaba en general a su previsión, tachando de cobarde a su oficialidad toda. Así, la ignorante furia popular contribuía con el Gobierno al descrédito y daño de un cuerpo cuya existencia era necesaria para el bien de España, ceñida casi toda por el mar y dueña entonces de dilatadas y ricas posesiones ultramarinas.

Fue gran fortuna de mi familia que estando ella en Cádiz, y con destinos y mandos en la escuadra mi padre y los dos hermanos de mi madre, ninguno de ellos se hallase en el funesto y poco glorioso combate del cabo de San Vicente, llamado entre los marinos del 14, no más que por haberse dado, como va dicho, en este día del mes de febrero. Pero aunque a los míos más allegados no alcanzaran ni las desdichas ni las más o menos merecidas deshonras de aquella arriesgada jor-

nada, les alcanzó como a españoles, y como a oficiales del cuerpo infeliz y maltratado, no poca parte de dolor y enojo. Oía yo las conversaciones que pasaban, y de ellas he recordado mucho, sirviéndome, con noticias posteriormente adquiridas, para la que doy de aquella tragedia. Era común en la gente de la profesión y entendida, a lo menos en la que yo oía, sin disculpar enteramente al conde Morales, decir que no era tan grave su culpa cuanto la suponía la voz común, y al revés, acriminar mucho a Córdoba, si bien no negándole su calidad de valiente, pero ponderando sus torpezas. Así, cuando hubo consejo de guerra y Córdoba en él se mostró rencoroso contra su segundo, fue general aprobar la sentencia que a ambos les privó de su empleo, calificándola, aún cuando de rigurosa, de no injusta.

A poco de pasado este combate, se presentaron los ingleses, resueltos a hostilizar a la plaza de Cádiz y su bahía, donde estaba surta la escuadra española de más fuerza. Dirigía la empresa Nelson, en quien sus hazañas en el combate de San Vicente habían despertado una sed viva de lides en que se prometía triunfos, sed nunca apagada en posteriores ocasiones, aunque frecuentemente satisfecha durante su carrera de prodigiosa actividad y glorias extraordinarias. Redújose lo hecho por la fuerza naval británica en aquella ocasión a arrojar a la ciudad de Cádiz algunas granadas o bombas desde un queche habilitado para el intento, al cual bautizaron los gaditanos con el nombre de bombo, llamando el bombeo, y no, como es común, el bombardeo, a aquella ocurrencia. Causó gran terror tal suceso en los gaditanos, pues desde principios del reinado de Felipe V estaba aquella ciudad, asentada en la costa, libre de los peligros y estragos de la guerra, no viviendo, por consiguiente, quienes los hubiesen conocido. Llenóse la isla de León, donde yo vivía, de fugitivos, quebrantando hasta las monjas su clausura. Las cañoneras españolas acudían alentadas y hábiles a impedir el daño con feliz éxito, por estar probado desde el sitio de Gibraltar, en la guerra de 1779 a 1782, ser muy a propósito los españoles para esta clase de servicios. En las lanchas solían ir mi dos tíos y mi padre, siendo esto motivo de ansia y susto para nosotros, que desde la altura en que está situado el Observatorio Real, llamada Torre Alta, solíamos ir con toda la población a ver en el silencio y tinieblas de la noche bailar en el aire las espoletas de las granadas y los fogonazos de las piezas de artillería. Pero sólo dos noches hubo un tanto de recia pelea. Desistieron los ingleses de sus esfuerzos, de que ningún provecho sacaban, y se restableció la tranquilidad en Cádiz y los lugares comarcanos.

Por el mismo tiempo había tomado el mando de la escuadra el teniente general don José de Mazarredo, oficial del más aventajado concepto en la Armada española. Éste determinó sacar la escuadra a la mar como para mostrar que no se escondía, desanimada después del revés llevado junto al cabo de San Vicente. Hízose la salida, y como su objeto, más que otra cosa, era declarar que no se temía pasear los mares, y también adiestrarla en maniobras, y como no se presentasen a hacerle frente los ingleses, fue de breve duración y de ningunas resultas esta campaña. Los gaditanos, dados en aquella hora a hablar mal de la marina, no obstante profesar alta estimación a Mazarredo, no dejaron de ridiculizar una acción cuya índole no entendían, y cuyos efectos quedaron en nada. Así, cantándose por entonces unas coplas tontas y groseras llamadas el Cachirulo, se oía, entre otras, la siguiente:

El cachirulo
de Mazarredo
sacó la escuadra

y dio un paseo.
Y a los ocho días,
ya estaba Mazarredo
en la había.

Si en éstos, que mal pueden decirse versos, aparece ser ignorante y de humilde esfera el autor de la historia, la idea de ella bajaba a la ínfima plebe de gente de superior categoría. Todo ello lastimaba el pundonor de los marinos, y siendo el de mi padre extremado, le causaba pena ser de un cuerpo al cual por todos lados se declaraba adversa la fortuna. Cito esto por haber sido causa de que no se me consintiese seguir la carrera de la marina, a que yo tenía viva afición, prefiriéndola a otra alguna.

Pasado el bombardeo de Cádiz, coincidiendo casi con él la muerte de mi abuela, y estando con destino en la escuadra mi padre y tíos, con lo cual más trato tenían con Cádiz que con la isla de León, ya no había motivo para que mi familia siguiese residiendo en el departamento. Además, mi educación no podía adelantar en la isla, como mis padres deseaban. Mis progresos en latinidad eran muy cortos, porque ni valía mucho mi maestro, ni yo atendía a las lecciones, recibiéndolas en lugar que me repugnaba. Con todo esto, nuestra mudanza hubo de irse haciendo en breve. Algunos días pasamos en el navío Vencedor, del mando de mi padre, yendo durante el día a Cádiz, y pasando a dormir a bordo. Excitóse más con esto mi afición a la marina. Al cabo, tomamos una casa en Cádiz, pero por pocos meses. Determinándose que continuase yo el estudio de la latinidad, púsoseme de pronto en unos estudios que había anejos a la iglesia de Santiago en tiempos antiguos, y luego en posteriores cerca de los Jesuitas. Eran los tales estudios gratuitos, y su domine, don Antonio del Castillo, no mal gramático latino, pero pedante y severo. Hízosele el encargo de que en ningún caso me diese azotes, a que él prometió acceder; pero como no le moviese a respetarme el cebo del interés por no recibir paga, se olvidó o no quiso cumplir puntualmente su promesa. Aplicábase allí aquel feo castigo todavía con más frecuencia que en el estudio de la isla de León y con menos decoro, pues se llevaba a ejecución dentro de la misma clase, encerrada la víctima en un rincón, y teniendo delante de ella dos muchachos una capa levantada, a guisa de telón o cortina. Veía yo estas cosas con horror sumo. Un día, por un descuido mío, leve, no siendo yo travieso, sino al revés, hasta pacato y medianamente estudioso, faltando en algo a saber mi lección, fui amenazado con la aplicación inmediata de la pena que tanto me horrorizaba. Íbase ésta a llevar a efecto, cuando me entró tal congoja de vergüenza y susto, que estuve a punto de caer con un accidente, por lo cual hubo de desistir de su intención el brutal maestro, que mal podía comprender aquella sensibilidad extremada. Llegó la hora de volver a mi casa, a la cual llegué todavía abatido, confuso y verdaderamente enfermo. Preguntáronme mis padres la causa de mi situación, y yo no la encubrí. Encendido mi padre en ira, aunque me consentía menos que mi madre, y creyendo lastimado en mi persona su propio honor y el de todos los suyos, punto en que era excesivamente vidrioso, con la licencia que en aquellos tiempos todavía solían tomarse los caballeros, y particularmente los oficiales, tomó su sombrero y asió su espada, resuelto a ir a romper la última en los lomos del atrevido maestro. Más prudente mi madre, procuraba contenerle, porque de ejecutar su resolución, de lo cual era muy capaz, se habría seguido un escándalo grave. Citaba él con orgullo un caso de su hermano mayor que, siendo ya mocetón robusto y habiéndoselas con un maestro suyo en Cabra, le molió a golpes, quedando por ello impune, con las licencias que solían tomarse los caballeretes de

provincias. Replicaba a esto mi madre que Cádiz no era Cabra, y que la acción de insultar a un maestro pagado por el Gobierno expondría a quien la cometiese a grave castigo. Por fin, terminó la disputa en prevalecer el consejo más prudente, determinándose que no volviese yo más al estudio. Cito este suceso como señal de las costumbres de la época, así como para muestra de los caracteres de los personajes que figuran en estas MEMORIAS.

Retirado yo del estudio, hube de volver por breves días a la isla de León, de donde efectuamos nuestra traslación definitiva para establecernos en Cádiz. Verificada ésta, se atendió a mi educación en lugar en que podía hacer más progresos, siéndome, por otro lado, agradable. Había a la sazón en Cádiz, entre varias escuelas de niños, dos de superior clase, que llevaban el título más alto de academias, donde se enseñaba, a la par con los rudimentos de leer, escribir y contar, la lengua latina y la francesa e inglesa. Gobernaban estos dos establecimientos, entre los cuales había decorosa rivalidad, un extranjero llamado Hever y un español cuyo nombre era don Juan Sánchez. En el de este último fui yo colocado, y desde mi entrada le vi con satisfacción. El principal maestro, sin ser hombre de instrucción vasta, la tenía mediana, y hasta sabía bien el francés, aunque le pronunciase mal, teniendo un mediano conocimiento del latín y bastante de la aritmética, y era además, por otro lado, hombre de condición blanda y cariñosa, que miraba a sus discípulos con tierno afecto. Tocó a este digno personaje vivir hasta verme haciendo un papel importante en mi patria, de lo cual se mostraba muy ufano, por considerarme principalmente educado en su academia, bien que, más que el orgullo, entraba el cariño en los afectos con que me miraba. No era él quien dirigía todos los ramos de enseñanza en su establecimiento, aunque sobre todos ejercía superintendencia. La clase de francés estaba puesta a cargo de un M. Montigni, mediano maestro, de quien no tuve por qué quejarme. Pero la persona a quien cobré más cariño continuado por largos años fue al maestro de latinidad, a quien llamaban M. Calegari, aunque no fuese francés, siendo allí común dar el nombre de monsieur a los maestros para que todo estuviese a la francesa y se conociese ser aquélla academia, y no escuela. Era el tal Calegari hombre entrado ya en años, nacido en Portugal, aunque de familia italiana, como, declara su apellido, habiendo sido su padre médico en Lisboa, y si mal no me acuerdo, facultativo de la corte. Había hecho sus estudios latinos en Italia, de lo cual no sin motivo estaba ufano, por ser allí, entre todos los pueblos modernos, donde se conoce y enseña la latinidad más pura. Tenía bastante instrucción, sobre todo en las cosas romanas, si bien no entendiéndolas al modo que los críticos filosóficos de nuestros días, sino enteramente al uso antiguo, esto es, recibiendo las narraciones de Tito Livio con fe casi igual a la que se presta y debe prestarse a la Historia Sagrada. Con estas calidades juntaba ser singularísimo en sus modos, pero de suma bondad, de lo cual resultaba reírse muchos de él y admirar y apreciar algunos pocos sus buenas dotes. Me cobró particular afecto, y en sus rarezas me llamaba su ovejita. Tenía mi madre extraordinario empeño en que fuese yo buen latino; y deseoso de complacerla y encontrando maestro tan de mi gusto, me dediqué al estudio de este ramo con grande esmero. Calegari no seguía la práctica general de los domines de su tiempo, que era, antes de poner los discípulos a traducir, tenerlos largos días haciendo lo que se llamaban oraciones de acción, de pasión, de infinitivo y otras. Decía él que la lengua latina debía aprenderse manejando los autores, y más que otra cualquiera de las vivas, porque en las muertas no hay la conversación ni el uso de quienes la hablan, ni otra guía ni norma que la de los escritos conservados.

Aunque atendía yo mucho al latín, me puse desde luego a aprender el francés, en el cual hice regulares progresos. Me iba acostumbrando a la vida de la academia, donde si bien se usaban las disciplinas, no se daba el feo castigo de azotes en las carnes desnudas, al cual tenía yo tanto horror. Empecé también a tener amigos entre mis condiscípulos. Me hice, es verdad, algo peor que era en punto a travesuras; pues cobrando los hábitos de otros muchachos, como ellos solía burlarme de mis superiores y hacer gala de ciertas maldades pequeñas.

Corría así mi vida, y en tanto me prometía aumentos de prosperidad la suerte. Mi padre, cuyo concepto de buen oficial se mantenía, salió destinado a una expedición, así como de grave responsabilidad y grande honra, con trazas de serle de no escaso provecho. Manteníase entonces en gran parte el Gobierno español con los productos de las ricas minas de sus posesiones americanas. Siendo casi absolutos dueños del mar los ingleses, tenían cerrado el paso a este recurso, y la empresa de traer caudales de América a Europa estaba con razón considerada como una del mayor empeño. Encargado de ella mi padre, dio principio a expediciones donde acreditó hermanar con lo hábil astrónomo lo marinero práctico, expediciones muy celebradas en sus días y hoy muy olvidadas, cuando acaecimientos posteriores de sin par magnitud y trascendencia no consientes que la atención, ni aún siquiera la memoria, se ocupen en cosas fuera de su hora presente, o cuando más de la inmediatamente pasada. Aprovechó mi padre con su navío una noche oscura del mes de noviembre de 1798 para echarse fuera de Cádiz con viento en popa, atravesando por la escuadra inglesa, que tenía puesto el puerto en estrecho bloqueo.

Llegó con felicidad a Veracruz, y allí embarcó los caudales, que eran de algunos millones de pesos fuertes. Salió para Europa con su preciosa carga, dándole, según costumbre de aquel tiempo, un derrotero, al cual había de atenerse, sin que pudiera hacérsele cargo si caía en poder del enemigo, a no ser que, tropezando con fuerza de poco poder, se entregase después de hacer floja resistencia. Pero don Dionisio Alcalá Galiano era hombre que no rehusaba echarse encima responsabilidad si juzgaba que con hacerlo podía prestar servicios al Estado y ganarse él reputación de un modo honroso. Así es que no haciendo caso del derrotero y sujetándose a llevar duro castigo si perdía el rico cargamento puesto a su cuidado, echó por rumbo rara vez seguido, dio el ejemplo de subirse a altas latitudes donde reinan y suelen soplar serios los noroestes, llegó casi a tocar al banco de Terranova, tuvo la dicha, o por decirlo como se debe, el acierto de encontrar los vientos que buscaba, navegó con ellos a un largo con velocidad, llevó de oculto, con su reloj, observada la longitud, siendo entonces costumbre calcularla por el método falaz de la estima, y al cabo, ignorando casi todos en su navío dónde se hallaban, vino a remanecer, en vez de en las costas meridionales de España y Portugal, donde era esperado por amigos y contrarios, en el mar Cantábrico, donde descubrió tierra casi a la boca del puerto de Santoña. En éste entró y desembarcó el importante socorro que a su patria y Gobierno traía. Tratóse de premiarle, siendo altas las alabanzas que se daban a su arrojo y pericia. Pero el ministro de Marina, don Juan de Lángara, salió con la singular ocurrencia de que harto había ganado en su viaje para necesitar premios; razón de poco valor, pues no debe negarse la recompensa debida a distinguidos servicios, aunque en ellos se hayan hecho lícitas ganancias. Fueron algunas, y aun de cierta consideración, las de mi padre. Cerrado a la sazón al trato con Europa el territorio americano, una navegación feliz a él iba acompañada de provechos seguros y considerables. Las pagas en América eran crecidas y puntuales, y los gastos cortos. Además, estaba de virrey en Méjico don Miguel José de Asanza, muy íntimo amigo de mi tío

Vicente y de toda mi familia, y éste favoreció a mi padre, y entonces el favor de un virrey proporcionaba gran lucro en cosas permitidas y aun decorosas. Ganó, pues, mi padre dineros, pero era, además, pundonoroso, y aun algo ostentoso y rumboso, hasta tocar en derrochador, con lo cual hubo, por un lado, de adquirir menos que lo ordinario en casos iguales, y por el otro, de hacer gastos espléndidos que disminuían sus ganancias. Al cabo nos fue favorable su expedición, aunque con no haber él ascendido a brigadier tuvo razón de quejarse, como se quejó, de ser tratado con injusticia. Estaba ufano de su conducta, y tanto más cuanto me acuerdo de haberle oído decir que, si hubiese en su viaje de vuelta tropezado con los ingleses, estaba resuelto a no caer en sus manos vivo; resolución que su conducta en Trafalgar acredita de no haber sido mera fanfarronada.

Hallábame yo con mi madre y hermanos en Medina Sidonia, cuna de mi familia materna, donde habíamos ido a pasar la primavera de 1799, cuando tuvimos cartas de mi padre avisando su llegada a Santoña. Templaron tan grata noticia algunos pesares domésticos, haber fallecido mi último hermano Rafael en la tierna edad de cinco meses, y haber estado a punto de tener igual funesta suerte mi otro hermano Juan, que contaba cerca de dos años, y que desde entonces no recobró su cabal salud, viniendo algunos meses después a salir del mundo. En cuanto a buen pasar, era nuestra suerte ventajosa. Un oficial de marina de grado superior, embarcado, ganaba entonces bastante, y mi padre, como he dicho, tenía algunos bienes. Pronto supimos que el buen éxito de su expedición había llevado al Gobierno a encargarle otra de igual clase. Así, no hubimos de verle por entonces. Pasó de Santoña al Ferrol, y allí se preparó a volver a América. Tenía a sus órdenes, además del navío de su inmediato mando, otro de línea, y llegó a tener con estos dos algunas fragatas; de suerte que obraba ya como general, acreditándose de serlo antes de tener tal grado. En breve dio la vela y volvió con felicidad a Veracruz, constantemente perseguido por los ingleses, y con no menor constancia feliz en escapar de persecución tan activa.

Vueltos nosotros a Cádiz, seguí yo yendo a mi academia. En tanto atendíamos todos a los negocios políticos de España. Había venido a Cádiz una escuadra francesa, mandada por el vicealmirante Bruix. Soñábase que con ella iba a juntarse la nuestra, idea que causaba general disgusto, por estimarse que sería sacrificada nuestra marina al interés del Gobierno de Francia, nuestra poderosa y nada buena aliada. Salió lo que se temía, y hechas a la mar las dos escuadras juntas, fuéronse al puerto de Brest, donde estuvieron encerradas más de dos años, hasta que, ajustada la paz, les dio franca la salida. Allí iban mis dos tíos maternos. Entonces fue cuando a Rafael, el mayor, sucedió el lance honroso de que he dado noticia en las primeras páginas de estas MEMORIAS, de cuyas resultas se volvió a Cádiz. Habiendo seguido mi otro tío, su hermano, en Brest, quedó encomendada su casa a mi familia, por tener él su mujer e hijas residiendo en Madrid. Esta circunstancia hubo de influir en mi educación. Como era la persona a quien me refiero ilustrada y erudita, tenía una colección de libros bastante escogida, aunque no muy numerosa, y muy superior a lo que era común en hombres no dedicados especialmente a la literatura. En aquel tiempo, aunque existía la Inquisición, era muy común en la gente ilustrada tener los libros prohibidos por aquel tremendo Tribunal; y mi tío, aunque nada parcial de la revolución de Francia, distaba mucho entonces de ser devoto. Yendo yo a su casa, me dirigí a su librería, abandonada a mi uso por su ausencia, y echando la vista a unos libros rotulados por de fuera comedias de Calderón y de otros autores, los abrí y me encontré con que eran las obras de Voltaire, de Rousseau, de Montesquieu y de otros autores célebres, de la escuela filosófica francesa del siglo XVIII. Sin hablar de ello a mi madre ni perso-

na alguna, y sabiendo yo bastante francés para entenderlos en gran parte, comencé a darme a su lectura, impropia en verdad de un niño de diez años. Al principio leí sólo la parte de las obras más divertida, como las tragedias y cuentos de Voltaire y su teatro; la Nueva Eloísa, de Rousseau, y las Cartas persas, de Montesquieu; y, ¡cosa extraña!, no vi bien en estos libros el veneno de la irreligión en ellos contenido, acaso porque no acerté a entenderlos. Sin embargo, cometí una culpa, quebrantando el precepto entonces estimado por mí sagrado, el cual me vedaba leer aquellas obras. Pocos años después volví a ellas, y ya con más fruto.

Pero en el tiempo de que hablo reinaban en mí otras inclinaciones, bien que contradictorias. Con mi estudio de la lengua latina había cobrado afición a las cosas de la Iglesia, donde se usa este idioma, y leía con ansia breviarios, semaneros santos, y, cuando podía haberlos a las manos, misales. También me entretenía con libros de milagros, siendo de los que más manejaba el Año virgíneo, con sus trescientos sesenta y cinco milagros duplicados, a dos para cada día del año, y la Luz de la fe y de la ley, o Diálogos entre Desiderio y Electo; obras monstruosas ambas, y con especialidad la última, donde la devoción se presenta a menudo como superstición bestial y escandalosa. Acompañó a esto haber en Cádiz un gremio de muchachos dados a decir misa, a tener altares, ornamentos y vasos sagrados de juguete, y a cantar misas solemnes, actos patrocinados por algunos clérigos que no veían en ellos un remedo indecoroso y casi sacrílego, mirado por cierto aspecto, sino un efecto equivocado de piadosas y aun devotas inclinaciones. Yo, a quien daba gusto en casi todo mi madre, tuve mi altar, mi cáliz y mi patena, mis ornamentos completos, y a más de una casulla, una capa pluvial galoneada, con todo lo cual cantaba, ya misa, ya otras partes de los oficios divinos, ora solo, ora acompañado, habiendo aprendido muy bien muchos salmos divinos y no pocas oraciones de la Iglesia. Otros de las mismas aficiones, que también tenían altares, convidaban a misas que solían decirse con mucha solemnidad. Una circunstancia hace notables estos juegos para la historia de mi vida. En las funciones de que hablo había sus correspondientes sermones, y empecé yo a ser encargado de predicarlos, y a cobrar fama en este oficio. Unas veces hablaba de repente, otras escribía o componía parte de mi sermón con la perfección que podía esperarse de un muchacho de once años, aunque para su edad bastante instruido. Ello es que dieron en concurrir personas piadosas, principalmente mujeres y eclesiásticos, a oírme; que mis oraciones sacaban lágrimas, enfervorizándome yo a veces como el mejor misionero, y que era muy común en mis auditorios anunciar que yo sería, o manifestar que debía ser eclesiástico secular o regular, dado a la predicación, en cuya carrera me estaba segura una suerte brillante con gloria propia y aprovechamiento de las almas. Tuve yo entonces mis intenciones de trocar la sotana por el uniforme de cadete de Guardias, que aún vestía. Pero amigos de otra especie, con quienes jugaba a los soldados, me distrajeron de las misas. ¡Cuánto distaba yo entonces de prever que en España habría otros púlpitos que los de las iglesias y otras materias que tratar, en arengas dichas en público, que las religiosas, siendo mi destino ser orador y adquirir más dudosa y contestada fama, con momentos, si de placer y gloria, proporcionándose a mi vanidad algunos triunfos, pero acompañados mis esfuerzos y lauros de crueles sinsabores, de trabajos, de desdichas, en suma, de todo cuanto trae consigo la vida política, donde la ambición, siquiera sea noble y encaminada a justo fin, es el móvil principal de todos los afectos y de todas las acciones! Mientras esto pasaba, eran varios mis estudios y mis lecturas. En mi academia seguía el latín, en que llegué a ser muy aventajado, siendo de sentir que de él olvidase mucho. No fueron menores mis progresos en el francés, y

empecé el inglés, aunque en algún tiempo adelanté en él muy poco, por no seguir con constancia su estudio. En mi casa leía también mucho, siendo mi afición a hacerlo suma, y tal, que nunca la he perdido, ni en mis locuras e irreflexión de chiquillo, ni aun en mis desórdenes de joven, cuando mi juventud llegó a ser borrascosa. Dime a leer de historia, y faltándome guía, no escogía bien mis autores ni acertaba a dar a cada cual su valor correspondiente. Pero ello es que a los once años tenía yo llena la cabeza de muchos hechos. Por entonces cayó en mis manos una historia de los dos triunviratos. Escrita en francés, sin nombre de autor, y, según me puedo acordar, no con mucha crítica, cosa que mal podía yo comprender entonces, me di a traducirla y adelanté bastante en mi versión, de la cual me atrevo a decir que salía en mejor castellano que algunas del día presente, por no haberse entonces llevado al extremo en que ahora está la corrupción de la lengua.

Pasáronse así dos años, sin ocurrir cosa que merezca contarse. Sabíamos de mi padre que había llegado con felicidad otra vez a Veracruz, que había embarcado caudales y que había logrado burlar la vigilancia de los ingleses, pero que al cabo se había visto precisado a encerrarse en la Habana, de donde le era casi imposible salir, estando estrechamente bloqueado por los enemigos, furiosos por codicia y por orgullo de no poder hacerse con tan rica presa. Era también público que mi padre había juntado un buen caudal, el cual se ponderaba hasta suponerle una riqueza considerable. No teníamos esperanza de verle pronto, y las noticias que nos daban sus cartas no declaraban cuál era su situación, aunque sí ser bastante próspera.

En 1800 vino a interrumpir el tranquilo curso de mi vida haberse declarado en Cádiz la terrible enfermedad conocida con el nombre de vómito negro o prieto en el continente e islas de la América española, y con el de fiebre amarilla en los Estados Unidos angloamericanos y las Antillas inglesas. Tuvo fortuna mi familia en este caso, pues huimos de Cádiz como la mayor parte de la gente acomodada, pero con mejor acierto que otros, pues escogimos para lugar de residencia la ciudad de Medina Sidonia, que en las inmediaciones de Cádiz y Sevilla fue aquel año la única población considerable a que no alcanzara el contagio. Cuatro meses pasamos allí, que para mí lo fueron de ocio, no habiendo clase a que concurrir ni maestros para darme lecciones; pero no por eso dejé de leer, aprovechándome de que tenía buenos libros mi primo don Francisco de Paula de Laserna, hombre singular, instruidísimo, lleno de rarezas, de no común chiste, latino como pocos, y una de las personas con cuyo trato, cuando llegué a ser hombre, más me he recreado en mi vida.

Restituidos a Cádiz, empecé a seguir mi vida pasada, yendo como antes a la academia. Perfeccionábame en el latín y en el francés, y emprendí con más empeño el inglés, aunque entonces faltaba buen maestro de esta lengua, por haber fallecido el que lo era en la recién pasada epidemia, y ocupar su lugar un español que de él lo había aprendido, sin llegar a saber mucho. También, habiendo acabado la aritmética, empecé la geometría, no en mi academia, donde no se enseñaba, sino en los estudios nocturnos y gratuitos abiertos en la academia de las nobles artes.

Llegó en esto el 22 de julio de 1801, día en que cumplí doce años, y en que, por consiguiente, me tocaba empezar el servicio. Recibí un oficio de mi coronel el duque de Osuna, participándome habérseme destinado a la primera compañía del cuarto batallón, pero concediéndome al mismo tiempo licencia para seguir en Cádiz, por plazo por entonces limitado; favor debido a los ruegos y el influjo de los de mi familia residentes en la corte. Estaba a la sazón terminada la campaña que se había abierto aquel verano en Portugal, guerra galana, generalmente mirada como de burlas, y apellidada de las naranjas, por haber regalado el generalísi-

mo, Príncipe de la Paz, a la reina, como trofeo de sus victorias, un hermoso ramo de esta fruta, cogida en las inmediaciones de Olivenza, al ganarse esta plaza sobre los portugueses. No pensé en ir a esta campaña, ni la falta de asistencia a ella se miraba como desdoro en un militar: ¡tan persuadidos estaban todos de ser cosa poco formal aquellas hostilidades!

Ser ya militar verdadero y con antigüedad en el servicio, en nada varió mi plan de vida. No se estimó necesario ni conveniente sacarme de la academia mientras mi licencia durase. Pasóse el año de 1801, y al terminarse trajo consigo la deseada paz de Francia y España con Inglaterra. Para mí fue más que para otros fausto este acontecimiento, porque me aseguró la pronta venida a España de mi padre. No se verificó ésta, sin embargo, tan pronto cuanto era de esperar. Fue enviado a América a recoger los primeros caudales que de allí habían de venir y traerlos a España el brigadier don José Justo Salcedo, que gozaba de valimiento en la corte. Ofendióse de esto mi padre, y con muy justo motivo, pues habiendo él salvado en medio de los azares y peligros de la guerra los tesoros cuya conducción se le encargó, y aún traídolos en una ocasión a España, según poco antes va referido, tenía a desaire que otro viniese delante trayendo al Gobierno y nación española aquel anhelado y grato socorro y como ganando por ello albricias, aunque, bien mirado, ni honra ni provecho se ganaba con venir en tiempo de paz, trayendo a Europa algunos millones. Muy poco después que Salcedo llegó mi padre a Cádiz, portador también de caudales, pues había tantos en América, que bien daban carga a algunos navíos. De gran satisfacción nos fue ver a mi padre después de más de tres años de ausencia. Supimos entonces a punto fijo que estaba rico, y si no al punto que le suponían, lo bastante para prometer a mi familia una vida acomodada. Había, sin embargo, gastado mucho, y vendrá bien aquí hablar de una ocasión en que se portó con lucimiento, porque da una idea de su carácter. Había, como se ha visto, recibido grandes favores del virrey Asanza, con quien también le unía antigua amistad, común a la familia entera de los Galianos. Este personaje fue separado de su empleo y mandado pasar a España, donde se le señaló por residencia la ciudad de Granada, quedando así en una especie de destierro o confinamiento, por lo cual se acreditaba lo que por otras noticias se sabía, que era haber caído en completa desgracia con la corte. Acertó en su vuelta a Europa este personaje a detenerse en la Habana, donde estaba mi padre con su navío. Quiso éste entonces manifestarle su aprecio con ostentación, estimando decoroso hacerlo así con una persona caída, obsequiando a la cual se acreditaba de amigo y de agradecido, sin poder pasar por lisonjero, y aun obrando con un tanto de generosa imprudencia. Para llevar a efecto su intención, dispuso un magnífico baile y banquete en el buque de su mando. Tres mil velas en faroles iluminaban el aparejo. Relleno el hueco de la escotilla, desde el palo mayor al de trinquete se presentaba un lindo salón de baile. Corrido para servir de comedor, un entrepuente estaba ocupado por una larga mesa de popa a proa, en que hacían de piezas de ramilletes cargados de adorno los tres palos. En suma, por cuanto oímos de esta fiesta, celebrada a tanta distancia de nosotros, nos consta que fue magnífica. Decía mi padre que en ella había gastado ocho mil duros, y otros suponían en la Habana que hasta veinte mil; siendo lo probable que no llegase a ser, esta última suma, y que excediese de la primera, no queriendo confesar el convidador a su familia todo lo que había gastado. Pero algo peor que estas esplendideces agrió el contento causado por las ciertas nuevas del buen estado de mi padre en punto a bienes. Había dejado la mayor parte de los suyos en la Habana, puestos en verdad a buen rédito y con un ingenio por hipoteca, pero en manos de personas que se hallaban con poco desahogo. Han correspondido los sucesos a lo que debía temerse. Mucha

parte de esta deuda aún está por cobrar, y de los réditos se ha recibido poco, costándonos gran trabajo ir arrancando suavemente cortas sumas del principal de los deudores. Así aparezco pobre, aunque algo conservo, o a lo menos a algo tengo fundado derecho. No es la menor singularidad de mi fortuna que entre estos trabajos de mi vejez sea común ignorar, no que no me he aprovechado en mi carrera, sino que entré en ella mejor que ahora estoy, y que aún no debo ser mirado como hombre que nada tengo, si bien lo que tengo está en malas manos

Capítulo IV

Embarca con su padre en el navío Bahama, con destino a Nápoles.—Peripecias de la navegación.—Cambio de rumbo.—Fondean en Argel, y después en Túnez.—Zafarrancho de combate.—Vuelta al punto de partida.—Estancia en Cartagena.—Trato con Solano y Císcar.—Fama que adquiere y consecuencias desagradables de su intemperancia de lenguaje.—Navegación a Nápoles.—Estudio de la lengua italiana.—Un suceso a bordo.—Descripción de Nápoles y sus alrededores.—Estado político del país.—Navegación de vuelta a España.—Reales nupcias y festejos en Barcelona.—Presentación al coronel de Guardias y causa que impide realizarla a Su Majestad.—Ascenso a brigadier de su padre.—Ofrécesele entrar en la Armada con gran ventaja, pero su padre no lo consiente.— Regreso a Nápoles.—Sepárase de su padre y vuelve a España.

Recién llegado a Cádiz mi padre, tocóle ir a un viaje nuevo. Éste no era de trabajo ni de gloria, sino de mero recreo, y en él me cupo en suerte acompañarle y no separarme de él, aunque sí hube de hacerlo de mi madre, por la vez primera en mi vida. Iba a casarse el heredero de la corona española, Fernando, príncipe de Asturias, con una infanta de Nápoles, su prima hermana, y al mismo tiempo había de contraer matrimonio con la infanta de España, Isabel, el príncipe a quien tocaba heredar el cetro de las Dos Sicilias. Mandóse salir una división naval en busca de los príncipes napolitanos. A este viaje fue destinado mi padre, dándosele el mando del navío Bahama, feo en su exterior, aunque hecho de soberbio maderaje de cedro con tablazón de enormes dimensiones, encogido de proa, y de popa mal configurada, así como airoso de costado, muy velero navegando a un largo, aunque ciñendo el viento no de los más finos, y buque, por otra parte, destinado a servir, al que en esta ocasión tomaba su mando, de glorioso teatro de sus hazañas y muerte, en un memorable y funesto combate. No era, sin embargo, en el pacífico viaje que en la hora a que me voy refiriendo se preparaba, en el que había de suceder la tragedia a que aludo.

A él determinó llevarme mi padre para que viese mundo y me formase, y mi madre consintió en ello, aunque con pena. Obtúvose la competente licencia de mi coronel, y el día 4 ó 5 de julio de 1802 zarpamos del puerto de Cádiz. Componíase la escuadra de los navíos Príncipe y Reina Luisa, de tres puentes, y del Bahama, en que yo iba, de setenta y cuatro cañones, con otras dos fragatas. Siendo el viento del tercero y cuarto cuadrante en la hora de nuestra salida, se mudó al este cuando embocamos el estrecho de Gibraltar. Aunque algo entendido yo en cosas de la mar, sólo dentro de la bahía de Cádiz había estado a bordo o navegando en botes. Era el día siguiente al de nuestra salida; soplaba fuerte el viento, como suelen allí los levantes, aunque no tempestuoso por ser verano, y supe que la escuadra intentaba pasar el estrecho bordeando o de vuelta y vuelta, y que por haber viento fresco se estaba en la maniobra de tomar rizos. De repente, estando yo en la cámara, noto un movimiento desusado a bordo, con trazas de inquietud; veo correr furioso y agitado a mi padre hacia el timón; seguirse huir la tripulación despavorida como a refugiarse bajo cubierta, agolpándose atropellada por las escaleras, y luego, tras de un extraño ruido, asomar como rascando con

nuestro navío otro cuyo bauprés apareció por nuestra popa. Había pasado el peligro, en verdad grande, pues habíamos tenido un abordaje de la peor especie, si bien, por fortuna, no llegó a ser completo, pues siéndolo según se presentaba, habría traído la ruina de uno de los dos navíos, o, lo que es probable, de ambos. Mandando el general tomar rizos, lo ejecutó con prontitud el Bahama, y hecho que fue, izando sus velas, se puso de nuevo en viento. Tardó más el navío general, que era el llamado Príncipe de Asturias, en la misma maniobra; yendo el Bahama ciñendo el viento, o poco menos, iba a pasar por la proa del general, a la sazón casi inmóvil.

Violo mi padre, y siendo muy dado a guardar las mayores consideraciones a sus superiores, estimó, como en verdad lo era, descortesía pasar por delante del general de la escuadra. Mandó, pues, arribar cuando soplaba fuerte el levante embocado por el estrecho. Tomó grandísima salida el Bahama, que con el viento al largo era de los buques más andadores; pero el timonel, sin saber por qué, como impelido de locura, dio de orza al timón casi de súbito, de suerte que puso la proa al Príncipe, yendo con terrible ímpetu a embestirle cuando él no podía maniobrar para evitar el choque. Notó el desatino mi padre cuando aún era tiempo, pero habiendo ya muy poco. Corrió entonces él mismo a la rueda del timón, y con sus propias manos le dio vuelta con ímpetu, de modo que obedeciendo su navío al impulso, ya no fue a darse con el otro proa con proa, de lo que habría resultado una tragedia. Había dado a huir, con todo, la tripulación, no calculando lo que mal se podía conocer, y era que no llegarían a chocar los buques. Pasando, sin embargo, el uno casi cosido al otro, con gran empuje uno de ellos, se tocaron por el costado, pero sin hacerse avería, salvo haber caído en el nuestro un hierro llamado zuacho de la verga de velacho, que hizo un agujero en la cubierta, pero sin tocar a persona alguna. Así escapamos. Parecía para mí mal estreno ver tal peligro cuando pocos podían recelarse en aquellos mares en estación tan benigna. No me inspiró esto horror al mar, como podía haber sucedido; al revés, al instante fui a enterarme de las circunstancias del lance ocurrido, haciendo que se me explicase. Crecía, desde la hora en que me vi en alta mar, mi afición a la marina. Hasta tuve la fortuna de no marearme ni poco ni mucho, con lo cual, no sin motivo, me juzgué con disposición para marinero.

Después del suceso que he referido, el general, que era don Domingo de Navas, no se obstinó en pasar el estrecho con viento por la proa, y mandó ir de arribada a ponerse al abrigo del cabo Espartel, que está en la costa de África, formando el último punto de esta parte del mundo hacia el noroeste. A su abrigo pasamos pocas horas, viniendo pronto el viento a ser oeste bonancible, con lo cual pasamos al Mediterráneo. Entendíase que nuestro destino era a Cartagena de levante, donde había de detenerse la escuadra, de agregarse navíos nuevos y de prepararse los buques que la formaban para alojar de un modo decente y lujoso a las reales personas que en ellos habían de venir a España, así como a los señores y señoras principales de su comitiva. Siguiendo favorable el viento, avistamos el cabo de Gata, y entonces, en vez de poner la proa algo más hacia el norte para gobernar al puerto de Cartagena, puso señal el navío general de hacer rumbo al sudeste. Causó esta mudanza sorpresa, pero empezó a susurrarse que íbamos a ponernos sobre Argel, a fin de ajustar desavenencias pendientes entre aquel Gobierno y el de España. Resultó ser cierto este rumor, pues al cabo de algunos días de navegación, larga y enfadosa, por habérsenos vuelto contrario el viento, que soplaba flojo, como de verano, dimos vista a la ciudad de África, para España de tanta y tan funesta fama, nido todavía de piratas, y hoy capital de una floreciente colonia europea. No puede explicarse hasta qué punto nos hechizó el aspecto exterior

de Argel, al el cual es fama que de ningún modo correspondía el interior en aquel tiempo.

Apareció la población con sus casas blanquísimas, como una sábana de no común limpieza, sobre una colina puesta en gracioso declive y verdeando alrededor el campo cubierto de numerosas huertas. Era en nosotros grande y general el deseo de entrar en aquel pueblo y de ver las extrañas costumbres de sus habitantes. Pero no se nos logró lo que anhelábamos, siendo sólo el navío general el que comunicó con la tierra, viéndose que mediaban entre él y los argelinos y nuestro cónsul y encargado de negocios cerca de aquel Gobierno vivos tratos. Al mismo tiempo arboló el general señales mandando al navío Bahama enviarle un bote. Fue al instante obedecido, y el bote, de regreso, nos trajo la orden de que pasásemos a Túnez a desempeñar una comisión importante del real servicio, acompañándonos la fragata Sabina. Por lo que a mí toca, no me fue desagradable ver que, además de las diversiones que me prometía el viaje a Italia, empezaba visitando desconocidas regiones. Tenía esperanzas de que desembarcásemos en Túnez, con lo cual conseguiría ver una ciudad africana, esperanza que también me salió fallida. Siguió nuestra navegación siendo pesada, por continuar los vientos del este. En ella hubo un incidente que influyó en la futura suerte de mi padre. Como al promediar la distancia entre Argel y Túnez, a corto trecho de la costa, está una isla pequeña o mero peñasco árido e inhabitado, y de muy poco bojeo. Acababan de publicarse por el Real Depósito Hidrográfico de Madrid dos cartas del Mediterráneo, señaladas con los números 1 y 2, y en la segunda de éstas se hallaba situado el islote a que me voy refiriendo. Aficionado mi padre, por demás, a las observaciones astronómicas, trató de averiguar de paso si la situación de la isla Galita estaba o no puesta con exactitud en la recién publicada carta. Resultó haber alguno y no muy leve error, de lo cual creyó mi padre conveniente dar aviso al Gobierno, como lo hizo a su vuelta a España. A mí aún fue de diversión este suceso, porque oí hablar de la tal isla, me dio curiosidad de verla y para ello hube de pasar una noche sobre cubierta, muy envanecido de hacer la guardia llamada a bordo marinera; y como aquella noche acertase a ser la de San Juan, esperé ansioso a la salida del sol, esperando desengañar de su preocupación a un contramaestre que me sostenía que el astro principal bailaba al tiempo de salir aquella mañana. Esto muestra cuánto me gustaba hablar con la marinería, con lo cual, en verdad, hacía más que lo debido, siendo muy querido a bordo. También pasaba mi tiempo en la cámara baja con la oficialidad, donde aprendía más cosas malas que buenas, y trocaba el encogimiento de mis primeros años por un desahogo extraordinario en un chiquillo que iba a cumplir trece años. Casi todos los oficiales del Bahama acababan de venir de Brest, donde habían pasado cerca de tres años y blasonaban muchos de hacerlo y pensarlo todo a la francesa y según iban las cosas en la Francia, todavía republicana, aunque pasada durante aquel período a ser regida con poder absoluto por Bonaparte, con el título de primer cónsul. La escuela, pues, en que yo me iba formando pecaba, entre otras cosas, de irreligiosa, y en ella hube de perder mi afición a cantar misa y a componer sermones.

En breve entramos en el golfo de Túnez, fondeando a vista del famoso castillo de la Goleta, gran recuerdo de hazañas y desdichas de la historia de nuestra patria. Pero, contra nuestra esperanza, no hubimos de bajar a tierra, pues sabiendo mi padre que, de ponernos en comunicación con los africanos, se seguiría sujetarnos a cuarentena a nuestra vuelta a España, determinó que sólo los de la fragata entrasen en trato personal con la población, y aun envió a la misma fragata desde su navío a un oficial portador de sus instrucciones, conforme a lo que el Gobierno por conducto del general le había mandado. Tuvimos así el enfado de

pasar dos o tres días al ancla en aquel golfo, cuya vista dista mucho de igualar a la de Argel, pero no deja de tener belleza, a que se agrega ser, como he notado, rica en memorias para los españoles. Éstas nos entretenían mirando a la Goleta, con refrescar especies de las historias de España y aun de la novela de El Cautivo, inclusa en el Quijote. obras de que tenía yo muy cabal conocimiento, y de otros varios a bordo no ignoradas. Un incidente vino a sacarnos del fastidio que nos consumía. Mediante comunicaciones escritas entre la fragata, la tierra y el navío, en las cuales usaba mi padre de la debida reserva, empezó a sonarse que las desavenencias que habíamos venido a arreglar, lejos de componerse, se habían hecho mayores y exacerbado. Contábase que el bey de Túnez había dicho que no temía a España, la cual en vano intentaba asustarle con sus grandes navíos.

Hasta empezó a susurrarse que los tunecinos pensaban hacer una tentativa contra nosotros, probando a coger por sorpresa nuestros buques en las tinieblas de la noche, y antes que pudieran levantar anclas y maniobrar, echarles encima enjambres de gente embarcadas en faluchos y jabeques, y en el abordaje suplir con el número y valor feroz la falta de pericia. Hasta creyó advertirse movimiento en las embarcaciones de inferior porte, surtas muy dentro del puerto y pegadas a tierra, movimiento que, o sólo existió en nuestra imaginación, o que, habiendo sido cierto, nada significaba. Ello es, sin embargo, que mi padre, bien enterado del estado de los negocios, al caer de una tarde, mandó hacer zafarrancho de combate para la próxima noche. Hízose así, y pasamos algunas horas preparados a la pelea. De este modo tenía trazas de traer lances de guerra y peligros un viaje emprendido sólo para diversiones y pompas. En mí, aunque hubiese algo de temor, era mayor la curiosidad de presenciar una escena como la del singular combate que se temía, del cual, estando nosotros preparados, había casi certeza de salir sin grave daño. Desvaneciéronse estos temores con la luz del nuevo día. En él quedaron amistosamente arregladas las desavenencias pendientes, a lo cual se siguió, sin pérdida de tiempo, hacernos a la mar con rumbo a Cartagena. Nos fue muy grato salir de aquel fondeadero, insufrible por el calor bochornoso que reinaba, siendo los días últimos de junio y primeros de julio. Nuestra navegación a Cartagena fue breve y feliz, y llegados, fuimos admitidos a libre plática desde luego, poniéndose en cuarentena a la fragata.

Con mi llegada a Cartagena empezó para mí una vida nueva de todo punto. La mía, hasta entonces, había sido pasada al lado de mi madre en sujeción. También había seguido en la Academia hasta el día anterior al de mi embarque. Pero en la situación de que ahora hablo me veía libre, pues mi padre, ni gustaba de tenerme muy sujeto, ni podía, llamándole su atención otros cuidados, y particularmente los del servicio. Usaba yo de mi libertad, no muy bien, como debía presumirse, aunque sin entregarme a vicios tempranos. Hallábame muy celebrado en Cartagena. Notábase como singularidad mi presencia en aquella expedición entre los oficiales de marina. Aunque cabalmente entonces (julio, 1802) cumplí los trece años, mi estatura y presencia eran de ser todavía más niño. Vestía, como es sabido, el uniforme de cadete de Guardias, y siendo uso de aquel tiempo llevar plumeros en los sombreros y sables colgantes, me conformaba yo a la moda, aunque la ordenanza del cuerpo nos prohibía seguirla, debiendo ser cosa de risa verme pasear con gran desenfado, levantando tan poco del suelo aún, con mi chica pluma y golpeando el empedrado con mi sablecillo. Al paso que muchos aplaudían o censuraban las rarezas de mi porte de muchacho, aspirando a hombrear, personas ilustradas y benévolas descubrían y aun ensalzaban en mi pobre persona algunas dotes naturales y adquiridas. Habían dado el mando de la escuadra destinada a ir a Nápoles al teniente general marqués del Socorro, y su hijo don

Francisco Solano, general de ejército, con el grado de mariscal de campo, había resuelto venir a la expedición como pasajero. La circunstancia de ser él y yo los que del servicio terrestre íbamos en aquella escuadra, aunque mediando de uno a otro la inmensa distancia que va de general a cadete, fue causa de que él reparase en mí y gustase de entrar conmigo en conversación, llamándome desde entonces, como continuó en llamarme, compañero. Era este personaje mozo aún para el grado que tenía, aunque no estaba ya en su juventud, siendo entonces común ser viejos los generales.

Tenía, además, sobre las ventajas de una presencia hermosa y marcial, con muy alta estatura, pero gallarda, y cuerpo membrudo, y la de su acreditado y no ordinario valor, las prendas de un tanto instruido y amante de las letras y de las artes, aunque su saber no pasase de corto. Su conversación era agradable y le servía la mía de entretenimiento gustoso, creyéndome instruido, como lo era en efecto, para mis años. Otra persona de no inferior valer me favoreció asimismo con su concepto. Era éste un oficial de marina, a la sazón capitán de navío y bastante amigo de mi padre, cuyo nombre era don Gabriel de Císcar, al cual tocó después hacer papeles de los principales en los grandes sucesos de que fue teatro nuestra España; muy distinguido matemático y astrónomo, y, además, dueño de varios conocimientos, hasta en letras humanas, y muy particularmente en la lengua y poesía latinas.

Mi afición a la latinidad, y ser yo entonces en ella algo aventajado, fue una de las cosas que me recomendaron al digno sujeto a quien me voy refiriendo, enlazándome, por otra parte, con él el trato estrecho que tenía con mi padre, el cual era muy apretado en aquella hora, por unirlos sentimientos contra el ministro de Marina Grandallana, que acababa de publicar una orden deprimiendo a los oficiales de marina astrónomos, en favor de los meramente marineros. Mucho hablábamos Císcar y yo, con gran susto de mi padre y no corta vanidad mía. Ésta se alimentaba por varios lados.

Los oficiales de marina me celebraban por lo vivo y travieso de condición, llevándome casi siempre consigo. Los cartageneros de ambos sexos me aplaudían, mirándome las señoras como un gracioso juguete. Tanta celebridad, y mis propias culpas, me atrajeron un suceso más amargo que fatal, aunque bien podía haber tenido consecuencias muy desagradables. Empecé yo a hacer gala de irreligioso, achaque común de aquellos tiempos. Coincidió con esto saber yo de memoria algunos sermones muy ridículos de aquellos que dieron margen a la composición del Gerundio, cosa en que nada había de impiedad, pero que junta y trabucada con otras, contribuyó a darme concepto de deslenguado en materias piadosas. También conté algunos cuentos, no indecentes, pero sí picarescos, entre ellos uno sobre monjas deseosas de casarse. Como me llevaban a muchas casas y en ellas me hacían hablar, hubo de hallarse en una, donde yo daba rienda a mi locuacidad desvariada, una señora que, o escandalizada desde luego, o sintiendo después escrúpulos por haberme aplaudido u oído aplaudir, pasó a delatarme a la Inquisición. El presidente de este Tribunal que desempeñaba este cargo en Cartagena debía de ser hombre de mediano juicio, y así ni desestimó del todo la delación, ni juzgó conveniente proceder en regla contra un ente de tan pocos años, y se contentó con llamar al capellán de nuestro navío, y encargarle que dijese a su comandante, mi padre, que me enseñase bien la doctrina cristiana y me pusiese freno.

Sintió mi padre este suceso como una grande afrenta, y desahogó su enojo sobre mí con ímpetu excesivo, aunque sin pasar de duras palabras, apellidándome, entre otras cosas, borrón de mi familia, y asegurando que en ella, por largos

años, nadie había sido acusado; extremo del pundonor y aun en parte también de la vanidad, impropio de una época en que en la vecina Francia habían estado pobladas las cárceles de los principales nobles y hasta de las reales personas, y extremo que lleva a serias reflexiones considerando cuán en breve las revueltas de España habían de causar que personajes de la primera nota se vieran en ella, con raras excepciones, en el alternar de los sucesos, sujetos a juicio y aun castigados con duras penas. Yo me rendí al más agudo e intenso dolor, viéndome así maltratado, y en mi concepto sin haber para ello suficiente motivo. Resolví, pues, encerrarme a bordo a pasar allí los días que quedaban hasta la hora de nuestra salida de Cartagena, y cumplí mi propósito con rigor inflexible. Aún tuvo este lance otra consecuencia dolorosa. Había yo tratado poco a mi padre, del cual, en los trece años que llevaba de vida, había estado separado cerca de nueve, y la ocurrencia de que acabo de hablar produjo entre nosotros cierto mutuo desvío, que no llegaba en mí a ser irreverencia y desamor, pero sí queja y tibieza, y en él pasaba de ser cierto menoscabo de mi concepto, que enfriaba un tanto su cariño. Réstame decir que, como un año antes de su muerte, estos afectos cedieron a otros ardientes y tiernos, acabando por añadir la estimación al cariño.

Mediando agosto efectuamos nuestra salida para Nápoles. En la navegación y en los días de mi encierro a bordo que inmediatamente precedieron, me dediqué al estudio de la lengua italiana, aunque sin maestro alguno. Cogí para el intento la gramática italiano—española de Torrasi y la italiano—francesa de Veroni, haciendo uso de ambas; y como sabía ya muy bien el francés y estaba muy fuerte en el latín, no encontré dificultades en el nuevo estudio. Encontré también a mano las poesías de Metastasio y me di a leerlas, acompañado de las referidas gramáticas y de un diccionario, y en muy poco tiempo logré entenderlas perfectamente, sucediéndome traducir la poesía italiana antes que la prosa. Esto, que parecerá difícil a los que creen que por el artificio del verso y las consiguientes inversiones y los giros a que él da margen, así como por diferenciarse en alguna parte el lenguaje poético del prosaico, lo más duro de entender en una lengua extraña es la poesía, es, sin embargo, cosa común, y si no tanto en la lengua francesa, no poco en la inglesa e italiana. Así Metastasio casi en todo, y aun Tasso, con excepción de algunas palabras, son autores más claros para quien principia a estudiar su idioma, que Maquiavelo o Guicciardini, cuya prosa abunda en inversiones, apareciendo a los no italianos como cosa enmarañada.

Nuestro viaje a Nápoles sólo se señaló por lo largo, siéndonos constantes los vientos por la proa. Fuera de esto, no hubo más que un incidente notable de que hago mención, por haberme dado golpe cuando ignoré la causa de que procedía. Había en el Bahama un marinero muy travieso y hábil de manos, que había trabajado un buque pequeño con bastante perfección, y por esto y otras cosas se daba a conocer, no siempre favorablemente, pecando de entremetido y aun de insolente, en cuanto podía consentírselo la disciplina. Era una noche serena de principios del mes de septiembre, y hallándonos a vista de la isla de Cerdeña, estábamos sentados muchos sobre cubierta gozando de la grata frescura. Acababa de rezar la tripulación el rosario, cuando oímos descompasados gritos, que al principio nos sonaron decir fuego, y después resultaron ser hombre al agua. Mi padre había discurrido una guindola (instrumento para que, arrojado a la mar, puedan agarrarse de él los caídos al agua), y estaba de ella muy ufano, porque se diferenciaba mucho de las comunes, a su entender con notoria ventaja. En esta ocasión probó bien, pues echada a la mar, se asió de ella el caído, poniéndose en salvo, a lo cual contribuyó estar la mar muy serena y, por haber calma, no moverse el navío. Pero aún está por referir lo raro de este suceso. Resultó ser el marino reco-

gido el tal sujeto travieso de quien poco antes he hablado. En breve noté que mi padre cuchicheaba con el segundo contramaestre y algún otro oficial, no sin traslucir yo que era sobre el recién pasado lance. Al día siguiente vi formarse la tripulación y tropa y subir sobre cubierta, en calidad de preso, el recogido de las aguas, al cual se le dio inmediatamente un cañón, que en lenguaje marinero significa una tanda de recios golpes en la parte trasera, dados con cabos o cuerdas de más que mediano grueso. Me pareció aquello una injusticia horrible, y no podía yo conciliar con lo justo, ni siquiera con lo razonable, aun tomando en cuenta lo severo de la disciplina en la marina militar, la aplicación de tan dura pena por un descuido o acaso por una mera desdicha, mayormente cuando estimaba harta pena en la culpa, si la había, haber estado a punto de ahogarse. Pronto cesó mi extrañeza, habiendo sabido la causa verdadera de aquel rigor. El picarón castigado, entre sus muchas malas mañas, tenía, según resultó, un feo y repugnante vicio, harto común en lugares donde faltan mujeres, y hallándose en el lugar llamado mesa de guarnición, que es una tabla saliente fuera del costado, al cual estaba pegada, con un pajecillo de escoba, solicitando al segundo el primero, y resistiendo éste, forcejease, de que vino a resultar írsele al picarón un pie y caer en la mar redondo. Así vino a ser muy justo el castigo que a mí me parecía lo contrario; de lo cual saqué yo por lección buena que no deben juzgarse las cosas sin conocerlas cabal y exactamente, y por mala, enterarme de la existencia de ciertos vicios de que yo, sin noticia, no sabía que fuesen tan ordinarios.

Pocos días después, al amanecer de uno hermoso, nos encontramos a la boca del golfo de Nápoles. Dejónos pasmados y embelesados el magnífico espectáculo puesto delante de nuestros ojos, con el cual pocos en el mundo pueden compararse. A la izquierda, después de los verdes collados de Pozzuolo, se levanta en anfiteatro la magnífica capital, coronando la cima del collado, en cuyo declive se asienta el castillo de San Telmo, mientras a la derecha le hace frente el Vesubio con su doblada cumbre, negra y como quemada la parte superior del monte, y rica la falda en deliciosa verdura, con que hacen bello maridaje el caserío de Portici y otros pueblos vecinos, formando el fondo del golfo una tierra alegre, amena y bien sembrada de casas, y quedando a la espalda o a los costados las islas de Isquia y Caprea, lindas, por demás, y frondosas, a todo lo cual da realce lo despejado de su atmósfera, la brillantez del sol y las rojas tintas con que en el crepúsculo aparece en lontananza el horizonte; vista que hasta a un español, acostumbrado a viva luz y cielo sereno, no deja de causar admiración y encanto. Grande era el nuestro, que a la vez dábamos a aquel cuadro un accidente que le realzaba la hermosura. Entraban en bien dispuesta formación, favoreciéndolos el viento de hacia la popa, los tres navíos y las dos fragatas, en medio el general, el Bahama y Guerrero a sus costados, y algo atrás, de suerte que iba a la par con las aletas del primero la masa de ambos, y siguiendo a alguna mayor distancia, una a cada lado, las fragatas. Los napolitanos celebraban esta vista, siendo en ellos todavía costumbre tener las cosas de España en estima, aunque no tanto cuanto nuestra vanidad se figuraba y daba por cierto.

Tardamos poco en desembarcar. Mi padre, contra su costumbre en Cartagena, en Nápoles trató de tenerme siempre a su lado, o ya encontrase un escarmiento en su anterior confianza y en las malas consecuencias de mi pasada libertad, o ya creyese que en ciudad extraña, y con fama de corrompida, estaba mal un niño en los límites de la adolescencia, con sólo desviarse del arrimo paterno. Nápoles me fue muy agradable. Durante mi estancia allí todo se volvió fiestas, gastándose abundante pólvora en salvas. Dio el embajador de España en su casa un magnífico baile, al que asistieron las reales personas, lo cual dio golpe a los españoles, acostumbra-

dos a la etiqueta de Madrid, más rígida. A esta fiesta, a los besamanos, a bailes en el palacio del Real Sitio de Portici tenía yo entrada, donde daban golpe los trapos o alamares de hilo de mi uniforme, contrastando con los galones de los marinos. Vi también casi todo cuanto de ver era en Nápoles y el país comarcano. Aunque muy niño, hicieron en mí efecto, y han quedado grabadas en mi memoria las reliquias del arte antiguo y las maravillas de la naturaleza de aquella tierra, por un lado privilegiada, y por otro sujeta a ciertos males; las antigüedades de Herculano y Pompeya, las lavas del volcán, sepultadas bajo éstas algunas poblaciones, como la Torre del Greco, destruida en la furiosa erupción de 1795, el lago de azufre de la Solfatara, la Grotta del cane, con su aire mefítico que mata a corta distancia del suelo. Admiróme la magnificencia del teatro de San Carlos, y la elegancia del Fondo, y me recreaba con las compañías bufas de los de Fiorentini y Nuovo, señaladamente con la última, a que cobraron grande afición los españoles, por ser graciosísima la operilla La Pastorella nobile, que allí se cantaba.

También, aunque en mi corta edad, supe algo del estado político de Nápoles. La reina estaba muy generalmente aborrecida, aunque entre muchos, con poca razón, pasaba por ser de superior talento. No menos malquisto vivía, aun siendo omnipotente, el ministro y privado Acton, nacido en Francia, aunque con apellido inglés, y oriundo de Inglaterra, cuyo valimiento se atribuía a profesarle pasión amorosa su soberana. El rey, descuidado y flojo, era muy amado de la ínfima plebe, cuyo modo de vivir imitaba, halagándola en sus preocupaciones y pasiones. Quedaba allí rencorosa memoria de las bárbaras crueldades del Gobierno, al ser restaurado en 1799, cuando fue derramada a ríos la sangre de centenares de sujetos ilustres por su saber y aun por su nacimiento. Mi padre hizo amistad con la duquesa de Monteleone, de quien era íntimo el secretario de la embajada española, don Pío Gómez de Ayala. Esta señora había sido republicana, cuando en 1788, ocupando a Nápoles los franceses, fundaron allí la República partenopea, de breve vida, y su marido había estado a pique de perder la cabeza por haber sustentado iguales opiniones. Vivía en ella ardiente y enconado el odio a la corte, y alguna vez se entretuvo en contarme a mí, muchacho, con gran ponderación, las crueldades del cardenal Ruffo, del presidente del tribunal de sangre llamado Speziale, y de sus satélites. Por entonces leí yo por primera vez una historia de la revolución de Francia, siendo la escrita por Autonio Fautín Des Odourds, entonces algo estimada, hoy caída en desprecio y olvido. Leíla con curiosidad y no con pasión, y aún no formó un juicio sobre los graves sucesos en aquella obra narrados. Más que la política me llamaban la atención otras cosas, y sobre todas la poesía. Leí la Jerusalén libertada en la patria misma de su inmortal autor, y Tasso vino a ser uno de mis ídolos, continuando aun ahora en profesarle culto, y culto cariñoso, si bien no teniéndole en concepto tan superior como el que entonces me mereció. También leí el Orlando enamorado, y me divertí con él sobre manera, pero sin conocer el extraordinario mérito poético que ahora en él admiró. No pasé a Dante, que en aquellos días no estaba mirado por lo general de las gentes con la admiración con que hoy es considerado.

No duró mucho nuestra estancia en Nápoles, urgiendo llevar los reales novios a Barcelona. Embarcáronse, pues, en el navío Príncipe de Asturias el heredero del cetro de Nápoles, que venía a buscar esposa en nuestra corte, y la que estaba destinada a princesa de España. En el navío de mi padre se embarcaron señoras y señores de la real servidumbre, y, además, varios pasajeros de distinción, a quien convidó a hacer el pasaje en su buque el comandante. Aquí como cuando más, se acreditó mi padre de rumboso y atento. Había tomado un cocinero francés de grande habilidad, y le agregó un repostero napolitano, en su ramo de mérito